



HISTORIA PREHISPÁNICA DE ENTRE RÍOS

Mariano Bonomo



Universidad
Maimónides

F H N

FUNDACIÓN
DE HISTORIA NATURAL

FÉLIX DE AZARA

HISTORIA PREHISPÁNICA DE ENTRE RÍOS

Entre Ríos posee una rica y profunda historia que comienza miles de años antes de la llegada de los conquistadores europeos en el siglo XVI. Sin embargo, desde la publicación de Antonio Serrano en 1950, titulada "*Los primitivos habitantes de Entre Ríos*", no se había escrito un libro específico sobre las poblaciones indígenas que vivían en este sector surcado por los cursos del Paraná y el Uruguay. La presente obra analiza la abundante información arqueológica disponible en la actualidad y sintetiza los primeros documentos escritos que existen para entender cómo fue la Historia Prehispánica de Entre Ríos. A lo largo de sus páginas, el arqueólogo Mariano Bonomo aporta nuevas ideas sobre el pasado de la provincia, a partir de las investigaciones que está desarrollando en el Delta Superior del Paraná. Con un lenguaje claro y sencillo, el autor trasciende el ámbito científico-académico para llegar a la comunidad educativa y al público en general. El fin último de este libro es contribuir a la construcción de una historia pluricultural que integre a los pueblos originarios y refuerce nuestra identidad americana.



**Universidad
Maimónides**

F H N

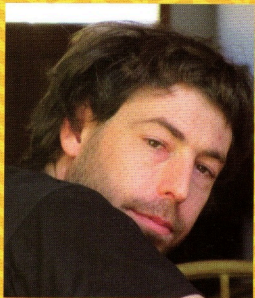
FUNDACIÓN
DE HISTORIA NATURAL

FÉLIX DE AZARA

ISBN 978-987-27785-4-5



9 789872 778545



Mariano Bonomo nació en la ciudad de Mar del Plata. Obtuvo los títulos de Licenciado en Antropología (1992-1998) y de Doctor en Ciencias Naturales (1999-2004), ambos en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata. Desde 1998 a la actualidad se desempeña como docente en esta facultad y desde el 2005 es Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Se encuentra desarrollando estudios arqueológicos regionales de las sociedades prehispánicas que habitaron el delta entrerriano del río Paraná. Sus mayores intereses son identificar los patrones adaptativos básicos y los mecanismos de interacción social de las distintas poblaciones de cazadores-recolectores, pescadores y agricultores que ocuparon este ambiente fluvial durante milenios. Como consecuencia de los trabajos efectuados a lo largo de su carrera científica ha presentado numerosas comunicaciones en congresos nacionales e internacionales y ha publicado libros y capítulos de libro y artículos en revistas científicas del país y del exterior. Asimismo, ha dirigido proyectos de extensión universitaria en la provincia de Entre Ríos que buscan socializar el conocimiento generado en el ámbito académico y acercarlo a alumnos, docentes y al público en general.

HISTORIA PREHISPÁNICA DE ENTRE RÍOS

Mariano Bonomo



FUNDACIÓN
DE HISTORIA NATURAL
FÉLIX DE AZARA

 **Universidad Maimónides**



 **Universidad Maimónides**

FUNDACIÓN DE HISTORIA NATURAL FÉLIX DE AZARA

Departamento de Ciencias Naturales y Antropológicas
CEBBAD – Instituto Superior de Investigaciones – Universidad Maimónides
Hidalgo 775 P. 7º - Ciudad Autónoma de Buenos Aires
(54) 11-4905-1100 int. 1228 | www.fundacionazara.org.ar

Diseño gráfico: Facundo Colantonio | Guido Gardini
Escuela de Comunicación Multimedial - Universidad Maimónides

Impreso en Argentina – 2012

Se ha hecho el depósito que marca la ley 11.723. No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

El contenido de este libro es responsabilidad de sus autores.

Bonomo, Mariano

Historia prehispánica de Entre Ríos. - 1a. ed. - Buenos Aires : Fundación de Historia Natural Félix de Azara, 2012.

90 p. ; 24x17 cm.

ISBN 978-987-27785-4-5

1. Historia Regional. I. Título.

CDD 982.21

Fecha de catalogación: 20/07/2012

ÍNDICE

- 1 / Introducción
- 2 / Ambiente y recursos
- 3 / Breve historia de las investigaciones en Entre Ríos
- 4 / La ocupación indígena del Paraná
- 5 / La ocupación indígena del río Uruguay y la llanura entrerriana
- 6 / Arqueología guaraní
- 7 / Los primeros contactos indígenas con los europeos
- 8 / El pasado presente

INTRODUCCIÓN

Los primeros pobladores del continente americano arribaron hace más de catorce mil años atrás. El poblamiento sucedió durante el período glacial cuando descendió el nivel del mar en todo el mundo y emergió un puente terrestre que conectaba América con Asia en la zona donde se encuentra el estrecho de Behring que hoy separa Alaska de Siberia. Los seres humanos ingresaron a pie o utilizando embarcaciones a remo para trasladarse por la costa y así evitar las enormes masas de hielo que cubrían el interior de América del Norte. Los descendientes de los primeros cazadores y recolectores se fueron expandiendo por todo el continente y alcanzaron las pampas argentinas hace doce mil años. El territorio que hoy abarca la provincia de Entre Ríos fue transitado y poblado en algún momento en torno a este lapso temporal. En este momento incierto comienza la extensa *Historia Prehispánica de Entre Ríos*, varios milenios antes de que los exploradores europeos plasmaran sus juicios y cosmovisión medieval en los primeros documentos escritos.

La arqueología es la disciplina encargada de reconstruir y darle profundidad temporal a la mayor parte de esta historia sin testimonios escritos. Con estos propósitos estudia los restos materiales que han logrado sobrevivir

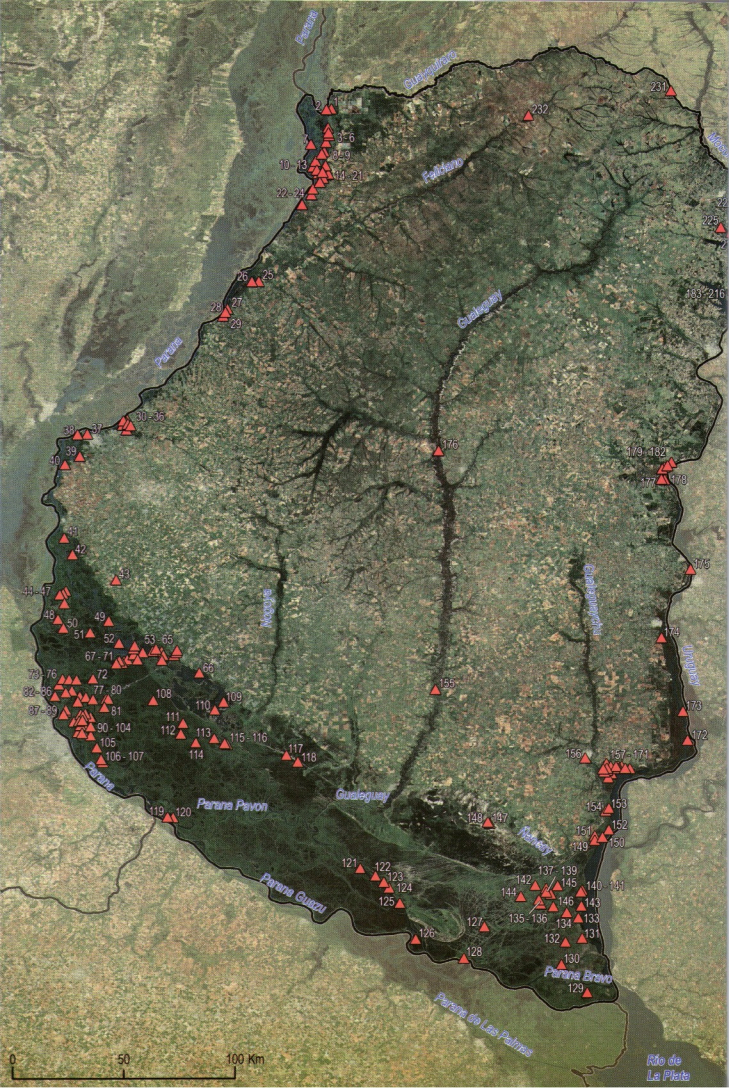


Figura 11

Principales sitios arqueológicos detectados en la provincia de Entre Ríos.

Referencias: 1-2 Puerto Cuartel I y II (Badano) (Ceruti); 3 Las Mulás I (Serrano) (Badano) (Ceruti); 4-5 A° Salado I y II (Ceruti); 6 El Ombú (Serrano); 7-8 A° Largo IV y V; 9 A° Basilio I; 10 A° Largo III; 11 Puerto Algarrobo I; 12-13 A° Largo I y II; 14-19 A° Arenal I-VI; 20-21 El Dorado I y II; 22 A° Seco I (Ceruti); 23 Estacas; 24 Brazo Largo; 25 Lag. Blanca (Badano); 26 Bocas del Feliciano (Serrano); 27-29 La Palmera II, IV y V; 30-35 Villa Urquiza 1, 3, 4, 6, 7 y 8 (Ceruti-Hocsman); 36 Las Conchas o VU 5 (Aparicio) (Serrano) (Ceruti-Hocsman); 37 Quinta La Floresta (Badano); 38 El Morro; 39 A° Los Galpones (Serrano); 40 Paracao (Aparicio); 41 Co. Tapera Vázquez; 42 Co. Farall; 43 Molino Doll; 44 Co. de Diego; 45-46 Co. de los Caños 1 y 2; 47 La Horqueta; 48 Co. Barrancas; 49 Co. Los Cardos; 50 Lag. de los Gansos; 51 Co. Bella Vista; 52 Co. de Arena; 53 Los Laureles; 54 Lag. Grande; 55 Co. Rodríguez; 56 Co. Chico; 57-59 A° El Espinillo 1, 2 y 3; 60 Co. Tejeira; 61 La Banqueta; 62-63 Co. La Matanza 1 y 2; 64, La Gütera; 65 Co. El Lucerito; 66 Lag. El Pescado; 67-69 Co. Grande 1, 2 y 3 (Bonomo-Politis); 70 Isla del Pillo (Badano); 71 Co. La Matanza 3 (Scalabrini; ME); 72-78 Impacto 16, 18, 21-25; 79-80 A° Banderas I y II -Pueble Rosario Victoria; 81 El Refugio; 82 Los Baños; 83 Boca de la Sangría; 84 Co. Puesto Acosta; 85-86 Co. El Durazno 1 y 2 (Bonomo-Politis); 87-88 Co. El Castaño 1 y 2 (Nóbile-Cornero) (Bonomo-Politis); 89-91 Los Tres Cerros 1, 2 y 3; 92 Puesto Gómez; 93 Co. Las Moras; 94-95 La Tortuga 1 y 2 (Bonomo-Politis); 96-102 Impacto 1, 4, 5, 10, 11, 12, 13 -Pueble Rosario Victoria; 103 Co. Grande de la isla de los Marineros (Gaspary) (Bonomo-Politis); 104 Co. Chico de la isla de los Marineros (Gaspary); 105 El Manolo; 106 Co. Arena; 107 Co. Camino; 108 Puesto La Camiseta; 109 El Cerrito de Puerto Esquina; 110 Los Remanses; 111 Co. Justo Norte; 112 Co. Lote 11; 113 La Tucura; 114 A° Las Tejas; 115 Rincón Saldana; 116 Co. Zamora; 117 Médano El Pencañal; 118 Los Toldos (Bonomo-Politis); 119 Túmulo I del Paraná Pavón (Caggiano); 120 Co. Grande del Paraná Pavón (González); 121 La Argentina (Aparicio) (Lafón); 122-24 Paraná Ibicuy 1, 2 y 4 (Caggiano); 125 Cementerio de Mazaruca o Paraná Ibicuy 3 (Torres) (Outes) (Caggiano);

126 Isla Lechiguanas I; 127 Don Santiago (Caggiano); 128 Cementerio del Paraná Guazú; 129 El Ceibo; 130 Túmulo I del Brazo Gutiérrez; 131 Túmulo I del Brazo Largo (Torres); 132 Paradero Cementerio Brazo Largo (Gatto); 133 Kirpach (Acosta-Loponte); 134 El Aserradero o Co. Lutz (Lafón) (Acosta-Loponte); 135 Co. Horst; 136 Co. de los Indios; 137-39 Esteberlin 1-3; 140 Las Animas; 141 Tapera del Leñe (Acosta-Loponte); 142 Las Rosas (Lafón) (Acosta-Loponte); 143 Rodeo Viejo de la Nena; 144 Paracaito (Gatto) (Caggiano); 145 Cementerio de Medina (Torres) (Outes); 146 Sagastume Grande; 147-48 Estaciones del Nancay I y II (Torres); 149 Puerto Landa (Torres) (Krapovichas); 150 Estación 32 (Almeida) (Bourlot); 151 Dos Cerros (Rizzo); 152 Sambaquí de Puerto Landa; 153 Túmulo Lucuá; 154 Túmulo de Puerto Basilio (Greslebin); 155 Cementerio de los Indios (Bonomo-Politis); 156 Gualeguaychú (Caggiano); 157 Paso de la Guardia; 158 Co. Machado; 159 Ensenada del Bellaco; 160 Mendisco (Almeida) (Bourlot); 161-63 Co. Boari 1, 2 y 3; 164-165 Co. Lorenzo 1 y 2; 166 Co. Yaguar-i; 167-69 El Pinar 1, 3 y 4; 170 Jeremías 2; 171 Médano La Boya (Castro); 172 Isla de Juanicó; 173 Isla Rica (Badano); 174 El Valentín (Caggiano); 175 Paso Paysandú (Almeida) (Bourlot); 176 Nogueira (Poentzi); 177-78 A° El Palmer 1 y 2; 179-80 A° Los Loros 2 y 3; 181 Ubajoy 1; 182 Palmera Sala (Castro); 183 Los Sauces I; 184 El Dorado (Cigliano); 185-86 Los Sauces II y III; 187 Gualeguaychú II; 188 El Guayabo; 189 Vizcacheras; 190-91 Co. del Tigre 1 y 2; 192 Rancho Colorado 1; 193-94 Co. Chico I y II; 195 A° Yarard Chico; 196 Escala; 197 A° Manantiales; 198 El Viva; 199 El Corral; 200 Cheroga; 201 Rancho Miño; 202 Casa Blanca; 203 El Bañado; 204 La Cerca; 205 El Pinar I; 206 La Hondonada; 207 El Pinar II (Rodríguez-Rodríguez); 208 Co. La Palma; 209 Destacamento; 210 Cerro Chico (Cigliano); 211 Cueva del Tigre; 212 Los Sauces Norte (Poentzi); 213 Tres Marias; 214-15 Chaviyu I y II; 216 La Cantera; 217 Ciudad Vieja; 218 Lag. Salas; 219-20 Santa Ana I y II; 221 El Castillito; 222-23 Destacamento Eloisa I y II; 224 Destacamento Gaspar (Rodríguez-Rodríguez); 225 Conjaloniéri; 226 Los Ingenieros; 227 Molo Ternero Muerto; 228-29 Los Uruguayos I y II; 230 Zambón; 231 Colonia Tunas (Capeletti) y 232 Las Mullitas (Caggiano).

Nota: se incluyen los/as principales investigadores/as que han estudiado los sitios que se mencionan antes del paréntesis.

al paso del tiempo en lugares específicos que denominamos sitios arqueológicos. Como se observa en el mapa de la figura 1.1 dentro de Entre Ríos se han detectado más de doscientos treinta sitios arqueológicos, concentrados casi exclusivamente en las márgenes e islas de los dos grandes ríos que bordean la provincia, el Paraná y el Uruguay. Esta gran cantidad de yacimientos con objetos fabricados, usados y abandonados por las sociedades del pasado revela un rico patrimonio cultural prehispánico que debe ser estudiado para poder reconstruir nuestra propia identidad.

La arqueología de Entre Ríos está fuertemente entrelazada con el pasado de las Tierras Bajas de América del Sur que se extienden al este de la Cordillera de los Andes. Comparte con otras zonas de las cuencas del Río de la Plata y del Amazonas numerosos elementos culturales y naturales como los cursos fluviales que las unen. Antes de que se produjeran las profundas alteraciones ambientales modernas, durante las inundaciones de la estación lluviosa las cuencas del Amazonas y del Plata quedaban conectadas, a través del Mato Grosso, por aguas navegables. De esta forma se conformaban extensas vías de comunicación fluvial que habrían favorecido el traslado de distintas poblaciones humanas. Así, para las Tierras Bajas se ha propuesto la existencia de una larga historia de migraciones a gran escala para explicar la amplia dispersión geográfica que poseen las familias lingüísticas caribe, arawak y tupí-guaraní.

Los seres humanos del este sudamericano compartieron no solo la ocupación de ambientes ribereños inundables, sino también una elaborada alfarería, el uso de canoas hechas con troncos ahuecados y una econo-

mía basada en la caza y la pesca de recursos acuáticos y que también incluía la explotación de palmeras y en algunos casos la agricultura. Estas similitudes justificaron explicaciones generales para el desarrollo cultural de toda el área. A mediados del siglo XX el antropólogo norteamericano Julian Steward instauró la idea de que todas las sociedades indígenas de las Tierras Bajas de América del Sur estaban fuertemente condicionadas por el ambiente cuyo bajo potencial agrícola solo habría permitido sustentar pequeños grupos con un bajo nivel de desarrollo cultural (noción también apoyada por la arqueóloga Betty Meggers). Se enfatizaba así la falta de capacidad de desenvolvimiento tecnológico y sociopolítico de estas sociedades que se consideraban apenas un poco más complejas que los cazadores y recolectores que las rodeaban. Esta visión conservadora que se basaba en el aparente contraste con las Tierras Altas de los Andes, no consideraba los documentos escritos del siglo XVI que describieron sociedades con marcadas jerarquías sociales habitando grandes aldeas en los ambientes fluviales de las Tierras Bajas. Como se verá en este libro, lo mismo se aplica para el pasado de la provincia de Entre Ríos, donde las primeras crónicas y las investigaciones arqueológicas recientes muestran poblaciones agrícolas con jerarquías sociales y capacidad para coordinar trabajos constructivos.

La historia prehispánica de la provincia estuvo marcada por los ríos Paraná y Uruguay, los cuales brindaron rutas fluviales, grandes cantidades de mamíferos acuáticos y peces, diversos vegetales y suelos con humedad permanente fertilizados por las crecientes, entre otras ventajas para el asentamiento.



Figura 1.2
Clasificación y unión de fragmentos cerámicos.



Figura 1.3
Excavación arqueológica.

La abundancia de recursos renovados por el continuo movimiento de los ríos favoreció la permanencia de la gente en lugares fijos del paisaje por períodos prolongados. Varias de las poblaciones que vivieron en este ambiente ribereño utilizaron para contrarrestar las inundaciones uno de los materiales constructivos más usados y difundidos a lo largo de la historia de la humanidad: la tierra. Sobre elevaron los lugares residenciales mediante la construcción de montículos de tierra, conocidos localmente como cerros o cerritos. Este fenómeno de la construcción en tierra se observa también por otras partes del continente, como los túmulos funerarios del río Misisipi, los centros ceremoniales Olmecas mesoamericanos, las aldeas de la desembocadura del río Amazonas, los cerritos de indios de Uruguay, por mencionar algunos ejemplos.

Algunos siglos antes de la llegada de los europeos, en las islas del Bajo río Uruguay y el Delta del Paraná se habían instalado las primeras aldeas guaraníes. Estos grupos pertenecían a una de las familias lingüísticas que tuvo mayor dispersión geográfica en América del Sur, cubriendo distancias que superaron los 3000 kilómetros. Los grupos de la familia tupí-guaraní se extendieron por el norte del Amazonas hasta la costa atlántica meridional del Brasil y el Río de la Plata, llegando por el oeste a través del Gran Chaco hasta los límites del imperio incaico. Como ha notado el antro-

pólogo brasileño Eduardo Viveiros de Castro, poseían organizaciones sociales muy heterogéneas que incluían desde pequeñas bandas de cazadores nómades (p. ej. los hêta, aché y sironó) a las enormes aldeas de los tupinambá. A pesar de su diversidad, en la actualidad miembros de poblaciones muy distintas y alejadas entre sí, como puede ser un residente urbano de la ciudad de Posadas o un cazador awá de la selva amazónica, poseen variaciones menores en el lenguaje y utilizan numerosas palabras idénticas. Esto muestra una poderosa fuerza homogeneizadora de la cultura guaraní que resistió cinco siglos de profundos cambios en los que desaparecieron alrededor de la mitad de las lenguas que se hablaban en la América precolombina. Hoy en día el guaraní es la segunda lengua nativa que se habla en Sudamérica con más seis millones de hablantes repartidos entre Paraguay (donde actualmente es lengua oficial), Argentina, Brasil y Bolivia.

Luego del arribo de los españoles a esas tierras desconocidas a las que le dieron el nombre de América, se realizaron sucesivos viajes transoceánicos para explorar este continente diez veces más grande que Europa. Desde las expediciones de Sebastián Caboto y de Diego García de Moguer entre 1527 y 1529, las primeras cuyos bergantines se adentraron en las arterias de la Cuenca del Plata, se describieron los múltiples grupos

indígenas del territorio que surcaban los ríos Paraná y Uruguay. De ellos se destacan los guaraníes, chaná-timbú, charrúas y minuanes. Rápidamente gran parte de estos grupos desaparecieron por la difusión de enfermedades, como la viruela, el sarampión y la gripe, traídas desde el Viejo Mundo. A esto se le agregaron los enfrentamientos o verdaderas matanzas conducidas por los conquistadores, como la referida por Ulrico Schmidl, soldado de la armada de Pedro de Mendoza, de los indios timbú, ocurrida en 1538 en las islas del Paraná. Luego con la colonización se inició la evangelización por frailes franciscanos y jesuitas, los trabajos forzados en las encomiendas, la sedentarización y el traslado de las poblaciones. Todo lo cual acentuó el proceso de sometimiento y desaparición de comunidades indígenas enteras. Como consecuencia del exterminio y el carácter oral de sus lenguas sabemos muy poco sobre estas sociedades tan distintas a las europeas, su localización geográfica precisa o el modo en que se adaptaron a los ambientes fluviales y de llanura durante milenios.

Los distintos trabajos arqueológicos ^(figs. 1.2, 1.3) desarrollados hasta el momento sobre el pasado de Entre Ríos han buscado rearmar la historia no occidental de la provincia y el país. A la vez, han reforzado los vínculos con los pueblos originarios que vivieron y viven en el territorio provincial. Según el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, en el año 2001 más de seiscientas personas en Entre Ríos se consideran a sí mismos descendientes de indígenas. En el marco del reclamo todavía vigente de los pueblos preexistentes, la arqueología conforma una herramienta útil para la comprensión del pasado, y las inter-

pretaciones que de él se hicieron, así como para su transformación. Todo ello servirá para construir una historia multicultural en la que participen distintas visiones del mundo.

En este libro veremos de qué manera la evidencia arqueológica permite reconstruir el pasado silenciado de los primeros habitantes del territorio entrerriano. Repasaremos los rasgos más importantes del ambiente y la historia de los estudios arqueológicos sobre la zona. Analizaremos la información brindada por los restos materiales hallados en los ríos Paraná, Uruguay y el interior de la provincia y seguiremos las huellas de la llegada de los guaraníes a la región. Con los documentos disponibles (cartas, relaciones, diarios de los conquistadores) abordaremos a las poblaciones indígenas del contacto inicial. Por último, mostraremos brevemente cómo ese pasado aún emerge en el presente y conforma nuestra memoria social.

AMBIENTE Y RECURSOS

El sistema hidrográfico de la Cuenca del Plata incluye las subcuencas del río Uruguay y la del Paraná-Paraguay, que son las más importantes. El río Uruguay posee unos 1.800 km de largo, solo superados por el Paraná que tiene una extensión de casi 4.000 km. A lo largo de la ribera de ambos ríos se desarrolla una angosta selva en galería que actúa de corredor biológico en sentido norte-sur por miles de kilómetros y conecta los ambientes tropicales del Brasil con los templados de Entre Ríos. En dirección transversal varía marcadamente el ambiente adyacente a los cursos: se presentan llanuras onduladas con cuchillas, que son suaves lomadas separadas por anchos valles, por las que se extienden vastas praderas y montes. En consecuencia, en el territorio provincial existe una gran biodiversidad en la que confluyen ecorregiones distintas con recursos faunísticos y vegetales propios del monte del espinal, los pastizales pampeanos, el bosque chaqueño, los palmares y la selva subtropical ribereña.

La provincia de Entre Ríos es surcada por el este por las aguas del curso medio e inferior del río Uruguay que corre sobre un lecho rocoso y deposita en sus márgenes arenas de cuarzo y cantos rodados de rocas silíceas. En el tramo inferior forma brazos que encierran islas como



Figura 2.1

Arriba: Salto Grande antes de la construcción de la represa | Selva en galería en las márgenes del Paranacito. Abajo: Río Gualeguay en las inmediaciones del sitio arqueológico Cementerio de los Indios | Zona de médanos con mortero hallado en la superficie del terreno en el sitio Los Toldos (departamento de Gualeguay).

la isla Rica o la de Juanicó que han sido habitadas en momentos prehispánicos. Durante las bajantes, los saltos abruptos (Fig. 2.1) o las llamadas *cachoeiras* formadas por mantos de basalto funcionaban como pasos entre ambas orillas, mientras que los rápidos que generaban estos accidentes dificultaban la navegación. Las estepas adyacentes a la costa del Uruguay progresivamente se transforman en colinas, que en la región se las conoce como cerros.

El curso inferior del Paraná se recuesta sobre la barranca derecha y desarrolla en la opuesta un ancho complejo deltaico sobre un terreno de suave pendiente surcado por una densa red de cursos de agua. Abarca desde Diamante hasta el Río de la Plata¹ donde desemboca a través de varios brazos. El Delta del Paraná está compuesto por islas bajas que poseen en sus costas elevaciones alargadas denominadas albardones. Los albardones son cubiertos por una cerrada selva en galería (Fig. 2.2), cuyos árboles más comunes son el timbó blanco, curupí,

espinillo, seibo, laurel de río y sauce criollo. En el centro de las islas hay pajonales que rodean lagunas o bañados con plantas acuáticas. Las islas se forman por la depositación de limos, arcillas y bancos de arena que son colonizados por árboles (aliso del río primero y sauce criollo después) durante fases de aguas bajas. El aporte de importantes volúmenes de sedimento provoca un constante desplazamiento hacia el sudeste del frente del Delta. Recientes estudios han mostrado que desde mediados del siglo XVIII este frente ha crecido 650 km² y en la actualidad avanza 60 m por año.

La llanura aluvial del Paraná es un ambiente muy dinámico, con un complejo régimen hidrológico que somete las zonas bajas meridionales a inundaciones periódicas en distintos momentos del año, aunque son más frecuentes entre febrero y abril. Las precipitaciones de gran magnitud, frecuentemente asociadas al fenómeno climatológico de El Niño, provocan crecidas extraordinarias que

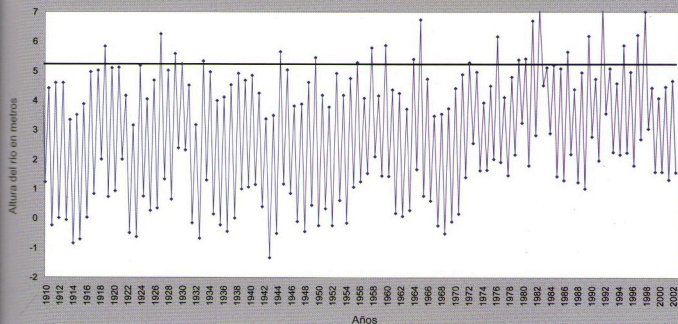


Figura 2.2

Alturas máximas y mínimas anuales del río Paraná para la estación del puerto de la ciudad de Paraná durante el período 1910-2002 (la línea horizontal marca el nivel de evacuación).

pueden cubrir millones de hectáreas, incluyendo parcial o totalmente al ambiente deltaico. El Delta además es afectado por los desbordes de su principal afluente, el río Gualeguay (fig. 2.3) que corre a lo largo de 300 km por el centro de la provincia. Otro factor que incide en la anegación de la porción inferior del Delta y el Bajo Uruguay son las mareas y sudestadas que actúan sobre el Río de la Plata. A modo de ejemplo en la figura 2.2 se muestran las alturas máximas y mínimas del río Paraná medidas en el puerto de Paraná entre 1910 y 2002. En el gráfico se observa que a lo largo del período el río ha superado el nivel de evacuación de los 5 m establecidos para este puerto en veinticuatro oportunidades, destacándose las grandes crecidas de 1929, 1966, 1982, 1983, 1992 y 1998.

Los recursos disponibles

Durante las inundaciones no solo se agregan nutrientes a los suelos con potencial agrícola de los albardones, también se producen cambios importantes en la distribución de la biota y por lo tanto de los principales recursos aprovechables (fig. 2.3). Por un lado, se limita el espacio ocu-

pable de animales como el ciervo de los pantanos, el carpincho o el coipo, que se concentran² en zonas interiores elevadas, lo cual facilita su caza. Por otro, se dispersan los peces y moluscos dificultando su obtención, aunque cuando se retiran las aguas se pueden arponear con fijas y chuzas los peces que quedan atrapados en cursos secundarios y en cuerpos de agua poco profundos donde además es posible recolectar almejas de agua dulce.³

Otros recursos apreciables de la zona son la miel silvestre de avispas camachuí o lechiguanas, las gruesas larvas de insectos que nacen en troncos muertos y las diversas aves con coloridos plumajes. Numerosas plantas silvestres tienen propiedades alimenticias (por ejemplo: algarrobo, chañar, yatay, pindó, achicoria, tuna, irupé; fig. 2.4), medicinales (seibo, espinillo, aliso del río, sauce, ingá, timbó, salvia, camalote, repollito de agua, etc.) o narcóticas (huevo de gallo, reventa caballos); otras, son venenosas (curupí), poseen fibras útiles para tejidos (caraguatá; fig. 2.4), sirven para curtir cueros (laurel-mini, canelón, ingá), para pulir objetos (equisetum) o como colorantes (uña de gato, tala, seibo).

En el pasado, las rocas duras fueron una materia prima buscada para la fabricación de

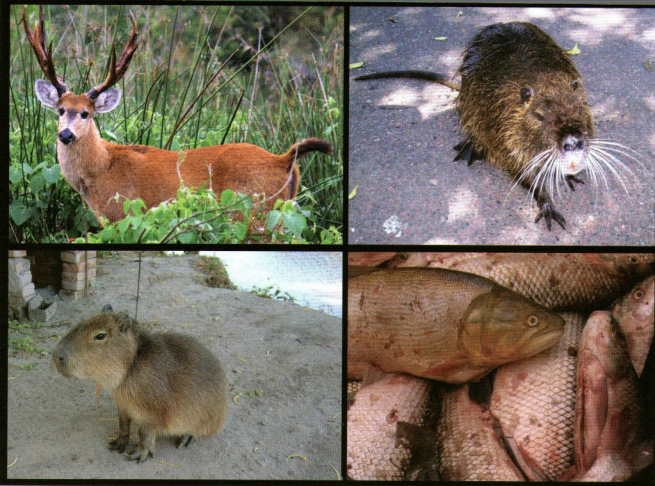


Figura 2.3

Recursos faunísticos. Arriba: Ciervo de los pantanos(Coipo o falsa nutria (foto Paula Escosteguy). Abajo: Carpincho tomado como mascota|Pescados: sábalo, bogas y un dorado.

herramientas. Los principales afloramientos rocosos con material apto para la manufactura se encuentran en las barrancas de la margen izquierda del Paraná y de tributarios como los arroyos Feliciano, Las Conchas y Doll. Además, están las rocas que afloran en los ríos Gualeguaychú, Uruguay y afluentes. Los recursos líticos más usados fueron las areniscas (Ituzaingo/Salto Chico y Paraná), las calizas silicificadas (Puerto Yerúá), los basaltos (Serra Geral) y los rodados silíceos (bancos del río Uruguay). En el mapa (figs. 2.5) se muestran las principales formaciones geológicas de donde se han obtenido piedras para hacer los artefactos que hoy se hallan en los sitios arqueológicos.

Los cambios ambientales

El ambiente entrerriano ha sufrido profundos cambios ambientales a causa de las

modificaciones recientes provocadas por las grandes represas hidroeléctricas, las actividades agropecuarias, la caza y la pesca indiscriminadas, la explotación maderera del bosque nativo, la forestación con especies exóticas, entre otras. Pero además ocurrieron otras alteraciones ambientales a lo largo del tiempo: los trabajos geológicos nos ayudan a entender cómo fue esa compleja evolución ambiental en la que interactuaron diversos procesos naturales, tanto eólicos, como fluviales o marinos.

Hace dieciocho mil años se dio en el planeta el último gran avance de los glaciares. En ese momento, de clima más seco y frío que el actual, en el sudoeste de Entre Ríos el viento acumulaba un manto de sedimentos finos (llamados loess) y el caudal de los ríos Paraná y Uruguay probablemente era menor. Entre fines de la época geológica del Pleistoceno y comienzos de la del



Figura 2.4

Recursos vegetales. Arriba: Algarobo negro en los alrededores de Villaguay (foto Ariel Camarano). Palmeras yatay del Parque Nacional El Palmar (foto Mariana Brea). Abajo: Cuerpo de agua con irupés y planta de caraguatá ambas del Parque Nacional Pre-Delta.

Holoceno (es decir entre catorce y ocho mil quinientos años atrás), ocurrió un pulso de clima seco dominado por vientos del oeste. Allí, se registran los últimos ejemplares de megafauna, mamíferos que pesaban más de una tonelada. Los estudios paleontológicos muestran que las llanuras entrerrianas eran habitadas por grandes herbívoros como mastodontes, perezosos terrestres y caballos⁴ americanos que se extinguieron. Luego, a mediados del Holoceno (entre ocho mil quinientos y tres mil quinientos años), el clima se fue haciendo más cálido y húmedo por el aumento de las lluvias. Por ello se desarrolló un suelo con vegetación en el tope del manto de loess, se depositaron sedimentos fluviales en los arroyos principales del noreste de Entre Ríos y ocurrieron inundaciones que formaron amplios pantanos con vegetación acuática en el río Uruguay.

Hace alrededor de seis mil años atrás aumentó el nivel de los océanos y se produjo una ingresión marina que inundó una amplia extensión de la planicie del Paraná -hasta los alrededores de Victoria- y de la cuenca baja del Uruguay -hasta Concepción del Uruguay donde desembocaba el río. Los terrenos elevados del Ibicuy no fueron anegados y quedaron separados por agua de la tierra firme. Luego, durante el retroceso del mar (hace unos cincuenta mil años) se formaron playas paralelas a medida que el mar se iba retirando y dejaba al descubierto extensas superficies que podían ser ocupadas por las poblaciones humanas. Entre otras formas geológicas desarrolladas durante este fenómeno del Holoceno medio están los médanos, que pueden alcanzar los 3 m de altura, que hoy se observan entre Gualguaychú y Gualguay^(figs 2.21). Antes de que se estableciera el presente complejo deltaico,

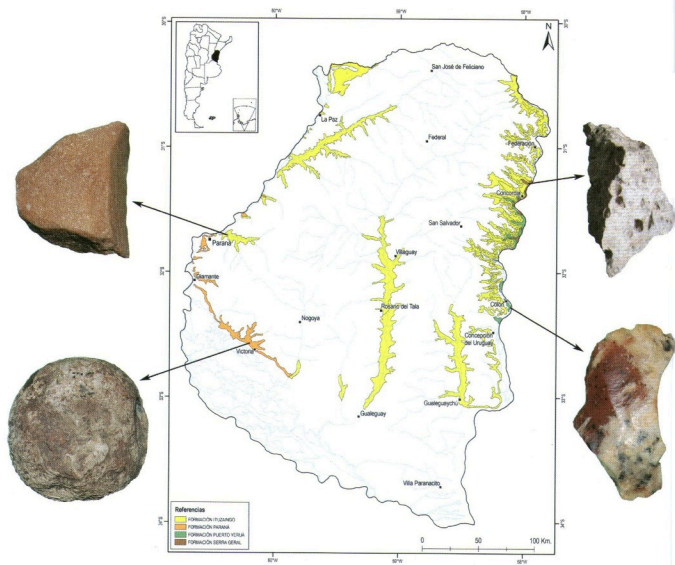


Figura 2.5

Mapa de la provincia de Entre Ríos con las principales formaciones geológicas de donde proceden las materias primas líticas utilizadas en los sitios arqueológicos.

hace alrededor de cuatro mil años, la desembocadura del río Paraná estaba localizada a unos 250 km aguas arriba de su posición actual, al sur de Rosario.

El Holoceno tardío, entre los tres mil quinientos y mil cuatrocientos años, estuvo en un principio dominado por un clima seco. Se erosionó el suelo mencionado arriba y se depositó una nueva capa de loess que se extendió hasta el noreste de Entre Ríos, sector que no había sido afectado antes por las condiciones áridas. Luego, entre los mil cuatrocientos y ochocientos años aumentaría la temperatura y la humedad, tal como lo evidencia el hallazgo de abundantes moluscos terrestres, hoy característicos de la selva misionera en el sitio arqueológico Cerro Chico I en Salto Grande sobre el río Uruguay. El desplazamiento del clima húmedo hacia el sur pudo ser más tardío ya que hay otros hallazgos paleontológicos de vertebrados pertenecientes a ambientes secos en torno a los mil años en el departamento de Diamante. En síntesis, las investigaciones geológicas y biológicas nos indican que las condiciones climáticas actuales se establecieron hace relativamente poco tiempo.

¹ El Río de la Plata se forma a partir de la unión del Paraná Bravo, uno de los brazos más caudalosos del Paraná, con el río Uruguay.

² Durante las crecidas no solo se concentran recursos aprovechables en las zonas elevadas no cubiertas por las aguas, sino también animales venenosos como las víboras yarará o bien pequeños roedores que transmiten enfermedades [p. ej. el hantavirus].

³ Los moluscos dulceacuícolas identificados de forma frecuente en los sitios arqueológicos entrerrianos están disminuyendo su número en los ríos Paraná y Uruguay. A la alteración moderna del ecosistema y la intensa explotación nacarífera para botones de mediados del siglo XX, se le agrega el desplazamiento de las especies autóctonas provocado por la rápida invasión de tres bivalvos (*Corbicula fluminea*, *Corbicula latgillii* y *Limnoperna fortunei*), que llegaron al país entre 1970-1990 desde el sudeste asiático.

⁴ Los caballos que se extinguieron al final del Pleistoceno eran silvestres y pertenecían a especies distintas de la del caballo doméstico actual (*Equus caballus*) que fue traído por los españoles junto con el ganado vacuno.

BREVE HISTORIA DE LAS INVESTIGACIONES EN ENTRE RÍOS

Desde fines del siglo XIX a mediados del XX

Las investigaciones arqueológicas en Entre Ríos se iniciaron a fines del siglo XIX, con trabajos como los de Ramón Lista y Juan Bautista Ambrosetti¹. Desde un comienzo se realizaron viajes de reconocimiento al sur del territorio provincial. En las primeras exploraciones se describieron objetos arqueológicos aislados procedentes de colecciones de pobladores del lugar, de hallazgos circunstanciales en la superficie del terreno o de excavaciones que en la actualidad se considerarían poco metódicas. La falta de control sobre los distintos estratos de las excavaciones hacía que se consideraran contemporáneos a distintos materiales arqueológicos hallados en un mismo lugar.

De aquel momento se destaca la completa obra de más de seiscientas páginas escrita por Luís María Torres *(Ips 3-1)*. Este autor dirigió las investigaciones en el Delta del Paraná y sur de Entre Ríos desde el Museo de La Plata, iniciando así una larga tradición institucional de estudios arqueológicos en la zona. Realizó intensos trabajos de campo sobre montículos con cerámica y analizó los más de cien esqueletos humanos allí recuperados. Consideraba que los montículos, o túmulos como él los denominaba, habían sido levantados por los

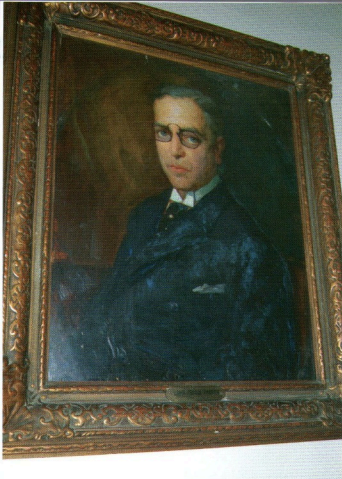


Figura 3.1
Retrato de Luis María Torres pintado por Cleto Ciocchini (sin fecha) de la Colección Museo de La Plata (MLP). Actualmente se encuentra expuesto en la dirección de dicho museo, institución de la que fue director a partir de 1920.

indígenas para evitar las inundaciones. Como lo harían posteriormente varios de los investigadores que le siguieron, Torres atribuyó las diferencias observadas en la decoración de la alfarería del Delta a diferentes etnias.

La propuesta de Torres fue luego refinada por Félix Outes, quien distinguió tres grupos sucesivos en base a la cerámica y otros elementos. Para Outes el primero de los grupos tenía una cerámica muy simple y "primitiva" con escasos ejemplares incisos o pintados asociados a instrumentos de hueso. El segundo grupo era el constructor de los montículos y poseía una alfarería con decoraciones plásticas de animales y seres humanos (que según Torres podía ser una prueba de la influencia de poblaciones arawak²), escasos instrumentos de piedra y herramientas en hueso. Por último, el tercero de origen guaraní con gran-

des urnas funerarias pintadas con más de un color o corrugadas, hachas pulidas y escasos instrumentos óseos. Este esquema cultural tuvo luego una fuerte aceptación entre los distintos investigadores que estudiaron la arqueología del Paraná.

A partir de las primeras décadas del siglo XX, la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad del Litoral y el Museo de Entre Ríos³ de Paraná se constituyeron en organismos claves para el desarrollo de la arqueología entrerriana. Entre 1925 y 1934 Antonio Serrano (figs. 3.2 y 3.3) fue nombrado director del museo provincial de Paraná, institución pública con fuerte carácter regional, desde donde realiza una intensa labor de investigación, docencia y divulgación científica. En estas décadas comenzó su vasta producción científica sobre la arqueología del litoral, donde todavía es uno de los principales referentes. En 1950 escribió un libro clásico titulado *Los primitivos habitantes de Entre Ríos*. Parte de sus trabajos fueron realizados en colaboración con Víctor Badano, otro investigador clave del museo de Paraná. Serrano se basó en el estudio descriptivo de la cerámica arqueológica que le brindaba la profundidad temporal de lo que observaba en la etnografía. La información etnográfica, lingüística y cartográfica le permitían asignar un origen cultural a los objetos y mapear las rutas migratorias seguidas por los pueblos indígenas. En menor medida efectuó excavaciones de sitios arqueológicos importantes como Las Conchas y Las Mulass (departamentos de Paraná y La Paz, respectivamente).

Serrano estableció las líneas fundamentales del pasado prehispánico de los ríos Paraná y Uruguay que estuvieron vigentes hasta



Figura 3.2

El profesor Antonio Serrano, junto al doctor Julian Steward y el profesor Víctor Badano en 1942 [foto Museo de Ciencias Naturales y Antropológicas "Prof. Antonio Serrano" de Paraná-MCNAP].



Figura 3.3

Profesor Antonio Serrano. Badas de oro con la arqueología en 1971. [foto MCNAP].

los años setenta. Elaboró un modelo explicativo sobre el desarrollo histórico del litoral, basado en las variaciones geográficas de la cerámica arqueológica y la ubicación de los distintos grupos étnicos que reconocieron los cronistas del Río de la Plata. El modelo traía implícitas sus expectativas de progreso de las sociedades a partir de una mirada que ponía en la cima a la "civilización" occidental. Propuso una ocupación inicial y generalizada de poblaciones portadoras de la "Cultura Entrerriana" que más tarde recibirían en el Paraná y el Bajo Uruguay los aportes de grupos ceramistas de origen amazónico y más avanzados denominados "Ribereños Plásticos". Si bien planteó que se mantenían las características básicas de la alfarería previa, con dichos aportes se le sumarían las representaciones artísticas de animales en cerámica (apéndices zoomorfos sobre todo de aves y mamíferos). Este autor consideraba que los cambios en las características de la alfarería reflejaban la difusión de ideas innovadoras y la dispersión de nuevas poblaciones en la región que llegaban por oleadas migratorias desde zonas vecinas.

Por su parte, para el Uruguay Medio Serrano proponía algo distinto. La morfología de las puntas de flecha y los motivos geométricos que decoraban la alfarería y que estaban grabados en placas de piedra le sugerían una

posible influencia patagónica en las riberas de este río. Esta influencia sobre las poblaciones preexistentes de la "Cultura Entrerriana" era atribuida a los charrúas que ocupaban el área. Años más tarde, le asignó mayor profundidad temporal a su modelo de desarrollo histórico que llegaba hasta la conquista e incorporó en los inicios de la ocupación humana de la región a sociedades antiguas que no poseían cerámica (precerámicas).

Contemporáneamente también es destacable la labor de Francisco de Aparicio sobre el análisis de cerámica y la síntesis de la arqueología de la llanura aluvial del Paraná, publicada cuando era director del Museo Etnográfico de Buenos Aires. Al igual que Serrano, planteó que los materiales arqueológicos que se agruparon bajo la categoría de "Ribereños Plásticos" pertenecían a los indígenas chaná-timbú de la época de la conquista. El origen de las abundantes ornamentaciones plásticas de animales fue vinculado con los indígenas del Chaco por sus aptitudes artísticas con la cerámica. Aparicio (siguiendo a Outes) lo atribuyó a los mbayá-guaycurú⁴ que modelaban en arcilla los animales que los rodeaban diariamente, atribuían a las aves una fuerte carga simbólica y además habitaban cerca del río Paraná.

Durante este período de las investigacio-

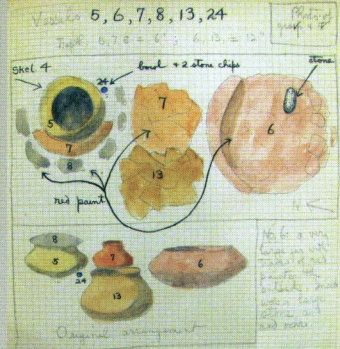


Figura 34

Urnas recuperadas en la excavación del sitio arqueológico de Arroyo Malo (Samuel K. Lothrop Papers, Field Notebook, 996-27-20175056.1.1.15.1 p. 11; Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Harvard).

nes, los documentos escritos acerca de los indígenas que encontraron los conquistadores en el Río de la Plata dominaron las explicaciones en la arqueología del litoral. Basándose en la presunción de que la región había sido habitada solo en tiempos muy recientes, la cerámica y algunos objetos de piedra fueron utilizados para caracterizar la distribución en el espacio de los grupos étnicos que se describían en las primeras crónicas y en la época colonial. De esta manera se identificaban, muchas veces con argumentos poco sólidos, hallazgos aislados y conjuntos de materiales pertenecientes a los guaraníes, charrúas, chaná, chaná-timbú y minuanes.

Paralelamente, se excavaron varios sitios arqueológicos que brindaron resultados relevantes para discutir tendencias generales a nivel regional. Se destacan las tareas de campo y las agudas observaciones sobre la construcción de los montículos del curso inferior del río Uruguay hechas por Héctor Greslebin. El arqueólogo norteamericano Samuel Lothrop³, por su parte, efectúa la excavación

sistemática del sitio de Arroyo Malo en el delta bonaerense, investigación que sigue siendo muy útil a la hora de analizar la expansión meridional de las poblaciones guaraníes. Allí recuperó varios entierros humanos dispuestos en urnas funerarias, tal como el mismo lo ilustró en su diario de campo en 1925 (fig. 34). Además, es importante la evidencia de primera mano que ofrecieron las excavaciones de los sitios arqueológicos de Brazo Largo (Islas del Ibicuy), conducidas por Santiago Gatto, del Cerro Grande del Paraná Pavón (Gualeguay), por Alberto Rex González, y del Cerro Grande de la isla de los Marineros (Victoria), por Fernando Gaspary (fig. 35).

De mediados del siglo XX a la actualidad

A mediados del siglo XX comenzaron en la zona de Salto Grande los trabajos de Amílcar Rodríguez, quien se vinculó con Eduardo Cigliano del Museo de La Plata. Cigliano y equipo realizan excavaciones de sitios arqueológicos como El Dorado (fig. 36), recolecciones superficiales y análisis de materiales líticos, cerámicos y faunísticos. Con ellos establecen una secuencia arqueológica básica de la zona, apoyada esta vez en edades obtenidas por el método de Carbono 14. Definen fases de ocupación con y sin cerámica en base a los artefactos característicos que se sucedían en los estratos de los sitios. Se focalizaron en la búsqueda de conjuntos precerámicos en las diferentes terrazas del río e incentivaron los trabajos posteriores sobre el tema. En este momento, las investigaciones en el litoral cobraron mayor énfasis, impulsadas por los proyectos hidroeléctricos del Uruguay y el Paraná y por los Encuentros



Figura 3.5
Vista actual del Cerro Grande de la isla de los Marineros durante su relevamiento planimétrico.



Figura 3.6
Trabajos de campo en el sitio tipo El Dorado, departamento de Federación (año 1968). Nótese el reticulado del terreno y las cuatro cuadrículas excavadas (foto Rodolfo Raffino).

de Arqueología del Litoral que reunían a colegas de Uruguay, Brasil y Argentina. Entre ellas se destacan las investigaciones del Uruguay Medio que fueron profundizadas por Amílcar Rodríguez y su hijo Jorge desde el Centro de Investigaciones Regionales de Concordia.

Otros trabajos significativos para la arqueología de la región fueron los emprendidos desde la cátedra de Ciro Lafón de la Universidad de Buenos Aires. Lafón y su equipo, integrado por Osvaldo Chiri y Luis Orquera entre otros, realizaron prospecciones y detalladas excavaciones en el Paraná y una revisión crítica de la bibliografía disponible en la década de 1970. Lafón reflexionó sobre los métodos a ser usados en las excavaciones de los sitios sobre terrenos elevados del litoral, se preocupó en basar las inferencias en datos primarios obtenidos sistemáticamente y utilizó para describir a los conjuntos arqueológicos conceptos como el de neolítico de la prehistoria del Viejo Mundo.

Luego de su participación en el grupo encabezado por Cigliano, María Amanda Caggiano centró sus investigaciones en el Bajo río Uruguay y el Delta inferior del Paraná, donde aun continúan. Los lugares más trabajados fueron los departamentos de Islas del Ibicuy y Gualeguaychú. A partir del análisis de las pastas con que estaban manufacturados los recipientes de cerámica y los estilos que los decoraban amplió las categorías arqueológicas de Serrano (p. ej.

de los "Ribereños Plásticos"). Siguiendo el esquema de este autor y en base a excavaciones de sitios y fechados de Carbono 14, Caggiano buscó establecer una secuencia cronológica que integrara la variabilidad regional de los materiales arqueológicos. También se propuso evaluar las posibles invenciones tecnológicas ocurridas en el área, cómo se habrían desplazado las personas en el pasado y la existencia de contactos con regiones vecinas del Uruguay, sur de Brasil y Paraguay. Con estos fines buscó la presencia de similitudes o diferencias en las técnicas decorativas de la cerámica.

En el marco de estos trabajos adquiere un fuerte énfasis el estudio sistemático de los huesos de fauna descartados en los sitios arqueológicos. Los estudios sobre los animales explotados en los sitios estuvieron ausentes en las investigaciones previas y recién fueron desarrollados por los paleontólogos Alberto Cione y Eduardo Tonni a fines de los setenta. Los análisis incluían por ejemplo el cálculo del número mínimo de animales de cada especie y observaciones sobre los procesos que habían modificado los huesos luego de su entierro. Se efectuaron interesantes discusiones en torno a si los moluscos de agua dulce hallados en sitios como Islas Lechiguanas I (Gualeguay) fueron restos de la alimentación acumulados por la gente o bien si eran una acumulación natural. Luego los análisis zooar-

queológicos se extendieron a otros sitios del Paraná medio como Arroyo Arenal I (La Paz), La Palmera IV y V (Paraná).

Entre fines de la década de 1970 y mediados de la de 1980 se dieron a conocer los resultados de estudios arqueológicos financiados por dos proyectos hidroeléctricos de gran envergadura planificados para el Paraná Medio y para Salto Grande. En el primer caso, las investigaciones en Entre Ríos fueron dirigidas por el arqueólogo Carlos Ceruti⁶. Con el Proyecto de Arqueología de Rescate "Represa Hidroeléctrica del Paraná Medio" se relevaron cincuenta y ocho sitios dentro de la provincia (entre los que se encontraba el sitio Las Mulas en el que Ceruti retomó las excavaciones). Los cambios en las ocupaciones prehispánicas fueron vinculados con la secuencia climática propuesta por el geólogo Martín Iriondo. En el segundo caso, Amílcar y Jorge Rodríguez llevaron adelante el Proyecto Antropológico-Ecológico Salto Grande. Realizaron prospecciones durante largos períodos ininterrumpidos que dieron como resultado la detección de setenta y cinco sitios sobre el río Uruguay, excavaciones de sitios completos durante meses y análisis de sus materiales.

Desde ese momento y hasta la actualidad Jorge Rodríguez ha venido desarrollando numerosos trabajos arqueológicos en la región. Ha sintetizado el desarrollo histórico de la Cuenca del Plata en una secuencia de tradiciones culturales que abarca desde el poblamiento inicial hasta la expansión guaraní por los principales ríos mesopotámicos. Rodríguez consideró que la horticultura, designación para la agricultura de roza y quema desarrollada a pequeña escala en las Tierras Bajas, llegó a la zona con los grupos guaraníes poco

antes de la conquista hispánica. Asimismo, puso especial énfasis en la distribución tanto espacial como temporal y en la interrelación cultural entre las distintas categorías arqueológicas definidas en países vecinos sobre todo para el sur de Brasil.

Como producto de sus investigaciones sistémicas en el Paraná Medio, Ceruti ha elaborado un esquema de desarrollo cultural que incorpora categorías arqueológicas definidas principalmente en base a las características de la cerámica y a la fauna explotada dentro de un marco ecológico. Propuso dos categorías principales para la costa y llanura aluvial paranaense: por un lado, "Cancha de Luisa" con una economía que integraba recursos de las llanuras y el río y, por otro lado, "Goya-Malabrigo" (ampliada a partir de los "Ribereños Plásticos" de Serrano) con un modo de subsistencia netamente fluvial. Para ambas planteó que los grupos humanos estaban sujetos a movimientos estacionales según el régimen del río (idea también sugerida por Lafón). Enfatizó en la adaptación humana a los cambios climáticos ocurridos a través del tiempo, el aprovechamiento de los recursos que brindaba el medio, la tecnología cerámica, la localización de los sitios y las relaciones de las poblaciones del Paraná con las de las Sierras Centrales, Pampa, Uruguay y Brasil. Recientemente, Flavia Ottalagano estudió las expresiones artísticas de la alfarería de varios conjuntos del Paraná Medio, principalmente los apéndices de cabezas de aves de aquellos sitios excavados por Ceruti.

Desde la Escuela de Arqueología de la Universidad Nacional de Rosario, a partir de la década de 1990, se realizaron estudios fundamentalmente en base a la bibliografía

Figura 3.7 |
 Excavación del sitio arqueológico Cerro Tapera Vázquez
 (año 2008).
 Nótese arriba la ubicación del sitio en la fotografía aérea
 tomada por Pablo Aceñolaza.



Figura 3.8 |
 Excavación del sitio arqueológico Los Tres Cerros 1 (año
 2009).



disponible sobre economía, disponibilidad de recursos y uso del espacio en el río Paraná. Por ejemplo, Alejandra Ledesma planteó que los grupos humanos que ocuparon las riberas e islas del Paraná Inferior durante los últimos mil años poseían una economía mixta en la que se complementaba la caza, la pesca, la recolección y la horticultura. Sushila Aphalo propuso una ocupación semi-sedentaria de las islas de la llanura aluvial del Paraná a los 1000-1200 años de nuestra era que estaría vinculada con la pesca intensiva complementada con caza y recolección. Una excepción a ello son los trabajos de Juan Nóbile en los que se ponderó la búsqueda y excavación de sitios y el análisis de sus materiales, sobre todo faunísticos.

En el año 2002 Alejandro Acosta y Daniel Loponte, con lugar de trabajo en el Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (Buenos Aires), comenzaron a investigar en el sur de la provincia de Entre Ríos. Allí, relevaron unos diez sitios y excavaron el sitio arqueológico Cerro Lutz (o El Ase-radero) previamente detectado por Lafón en las cercanías de Villa Paranacito. Estos trabajos constituyen una extensión de los estudios anteriores, con fuerte énfasis en la subsistencia prehispánica, realizados en el extremo no-



oriental de la provincia de Buenos Aires y el Delta bonaerense del Paraná.

A partir del año 2006 el equipo dirigido por Gustavo Politis y por quien escribe, inició las investigaciones arqueológicas del Delta Superior del Paraná y su llanura adyacente. Como producto de los trabajos de campo, llevamos relevados sesenta y tres sitios arqueológicos en los departamentos de Diamante, Victoria y Gualeguay. Retomamos las investigaciones en sitios clásicos de arqueología del litoral como son el Cerro Grande de la isla de los Marineros y el Cerro de las Pajas Blancas. Para evaluar el potencial arqueológico de los sitios del área hicimos pequeños pozos de sondeos en más de treinta oportunidades. Excavamos superficies mayores en dos de ellos: Cerro Tapera Vázquez en el Parque Nacional Pre-Delta (figs. 371) y Los Tres Cerros 1 (figs. 38) en las islas de Victoria frente a Rosario. Paralelamente, realizamos un estudio detallado de las colecciones del Delta del Paraná depositadas en museos nacionales y regionales. Los principales resultados de estas campañas sobre el terreno, del análisis de los materiales de los sitios registrados y de las colecciones, así como también los numerosos estudios que llevaron a cabo distintos investigadores en diferentes momentos, constituyen la materia prima de los contenidos de este libro.

¹ Juan Bautista Ambrosetti, oriundo de Gualeguay, fue entre 1905 y 1917 el director del Museo Etnográfico de Buenos Aires que hoy lleva su nombre.

² En general, los arawak fueron caracterizados como grupos constructores de montículos, que tenían una organización jerárquica y que se expandieron desde el Bajo Amazonas hasta los llanos de Mojos en Bolivia y el Alto río Paraguay. Según Luís María Torres y el antropólogo sueco Erland Nordenskiöld las poblaciones de la familia arawak también habrían alcanzado el Delta del Paraná.

³ Este museo tuvo varios nombres a lo largo de su historia y sucesivas transformaciones. En la actualidad es el Museo de Ciencias Naturales y Antropológicas "Profesor Antonio Serrano" de Paraná.

⁴ La propuesta de Aparicio y Outes sobre el origen chaqueño de las representaciones de animales en cerámica difería en parte de la asignación previa de Ambrosetti a los indígenas payaguás. Los payaguás pertenecían a la familia lingüística guaycurú, pero eran un grupo canoero y pescador que dominaba las aguas del río Paraguay al momento de la conquista. Según el padre jesuita Sánchez Labrador los payaguás poseían cántaros con agujeros, similares a campanas, que eran colocados junto a los entierros humanos.

⁵ Samuel Lothrop era un reconocido arqueólogo con amplia experiencia en investigaciones sobre distintos países de Latinoamérica. Sin embargo, esta experiencia profesional sirvió de pantalla a otra actividad menos conocida en la que se desempeñó durante las dos guerras mundiales. En efecto, Lothrop fue el Agente Especial 173 del U.S. Office of Naval Intelligence, encargado de actividades de espionaje en América Central durante la Primera Guerra Mundial. No está claro si continuaba con estas tareas de inteligencia militar cuando vino a la Argentina, aunque luego, en la Segunda Guerra, Lothrop estuvo varios años en Perú al servicio del Special Intelligence Service dentro del FBI.

⁶ Luego, en la década de 1990, Ceruti desde el Museo de Ciencias Naturales y Antropológicas de Paraná realizó estudios de impacto arqueológico de las obras del puente Rosario-Victoria en los que se relevaron veinticinco sitios arqueológicos.

LA OCUPACIÓN INDÍGENA DEL PARANÁ

La llanura aluvial y el Delta del Paraná fueron ocupados en épocas tardías. A través de dataciones de Carbono 14 de los restos orgánicos (carbones, huesos y valvas) recuperados en los sitios arqueológicos se sabe que esta zona estaba habitada hace más de dos mil años atrás. Las edades más seguras de los sitios de la margen enterrriana del Paraná van desde el año 600 al año 1492, aunque de confirmarse las fechas más antiguas obtenidas en el sitio Isla Lechiguana I podrían llegar al 940 antes de Cristo (tabla 4.1; anexo 1). Seguramente había gente antes de este período. Sin embargo, los cambios ambientales como las variaciones en el curso del río y las intrusiones marinas no han permitido que sobrevivan los materiales arqueológicos hasta nuestros días. Los sectores bajos como el Delta del Paraná fueron ocupados una vez que descendió el nivel del mar, se estabilizó el paisaje deltaico y desaparecieron los factores ambientales que limitaron el establecimiento humano. Las edades más recientes de los sitios llegan hasta el arribo de los europeos al continente. En algunos de ellos, como en Las Conchas, aparecieron cuentas de collar de vidrio traídas en los barcos desde Europa. Esto indica que los sitios habrían sido generados por los mismos indígenas que describieron los españoles en el siglo XVI, esto es grupos afines

Sitio arqueológico

Edad en años del calendario*

| | |
|------------------------------|--------------|
| Cerro Lote 11 | 1410-1492 DC |
| Cerro Tapera Vázquez | 1399-1460 DC |
| Los Tres Cerros 1 | 1320-1455 DC |
| Los Tres Cerros 1 | 1322-1444 DC |
| Los Tres Cerros 3 | 1385-1430 DC |
| La Palmera V | 1304-1363 DC |
| Cerro Tapera Vázquez | 1304-1401 DC |
| Los Tres Cerros 1 | 1302-1402 DC |
| Los Tres Cerros 1 | 1302-1402 DC |
| Los Tres Cerros 1 | 1301-1398 DC |
| Cerro El Castaño 2 | 1284-1391 DC |
| Cerro Lutz | 1271-1389 DC |
| Túmulo I del Brazo Gutiérrez | 1270-1311 DC |
| Los Tres Cerros 1 | 1229-1381 DC |
| Los Tres Cerros 1 | 1188-1383 DC |
| Cerro Lutz | 1229-1285 DC |
| Los Tres Cerros 1 | 1215-1278 DC |
| Los Tres Cerros 1 | 1195-1268 DC |
| A ^o Largo I | 1126-1272 DC |
| Cerro Lutz | 1149-1219 DC |
| Los Tres Cerros 2 | 1053-1216 DC |
| Las Mulas I | 1023-1226 DC |
| Cerro Lutz | 1043-1155 DC |
| Don Santiago | 938-1046 DC |
| Don Santiago | 685-831 DC |
| Arroyo Largo I | 612-782 DC |
| Rodeo Viejo de La Nena | 600-721 DC |
| Rodeo Viejo de La Nena | 600-721 DC |
| Isla Lechiguanas I | 770-522 AC |
| Isla Lechiguanas I | 940-778 AC |

Referencias: DC= después de Cristo y AC= antes de Cristo.

Tabla 4.1

Edades obtenidas por el método de Carbono 14 y calibradas en años de nuestro calendario para los sitios arqueológicos del río Paraná en Entre Ríos.

*Nota: los dos años del calendario que se incluyen en cada fila indican los extremos del rango cronológico dentro del cual existen mayores posibilidades que caiga la edad exacta del sitio. Es una cuestión del método de calibración de los fechados radiocarbónicos y no significa que el sitio haya tenido una ocupación continua entre esos dos años.

a los chaná-timbú y guaraníes, o bien por sus antecesores inmediatos.

Los asentamientos humanos se localizaban en las islas o en la tierra firme siempre muy cerca de ríos, arroyos y lagunas. Generalmente no se instalaban en el canal principal del Paraná, sino sobre los cursos menores más protegidos de las crecidas rápidas. La gran cantidad de sitios registrados en las islas (más de cien entre el Paraná medio y el Delta Superior) señala, en principio, una alta densidad de asentamientos en este ámbito fluvial. En las islas se emplazaron habitualmente próximos a la intersección de dos o más cauces fluviales. Los cursos de agua que rodeaban las islas permitían la circulación entre los sitios con medios de navegación. En este sentido, se han hallado canoas indígenas hechas sobre un único tronco de timbó en el Delta del Paraná y el Río de La Plata.

Los lugares ocupados eran terrenos altos. Eran albardones naturales, cordones de médanos y montículos, solo afectados por las aguas de las grandes crecidas del Paraná. Los más comunes son los asentamientos arriba de albardones y los montículos (cerros o cerritos). Los sitios sobre albardón tienen superficies alargadas de gran extensión. Las planimetrías de alta definición que realizamos en los cerros junto a Camila Gianotti muestran que poseen formas elípticas o circulares, diámetros máximos que pueden alcanzar los 80 metros y alturas a veces mayores a los 2 metros. Los más de treinta montículos registrados se presentan aislados o en grupos de a dos o tres y su forma no se explica en principio por procesos naturales como la acción fluvial o eólica. A partir de los datos planimétricos y las proyecciones tridimensionales de los cerros se pueden evaluar diferentes aspectos

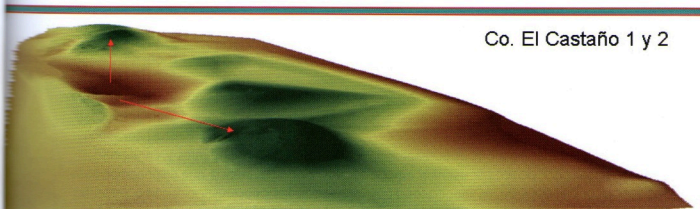
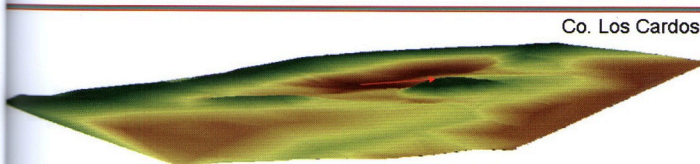
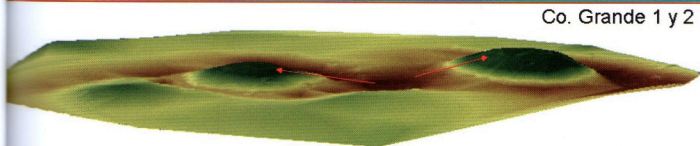


Figura 4.1

Cerritos del Delta Superior del Paraná con depresiones adyacentes de donde probablemente los indígenas extrajeron los sedimentos para levantarlos.

constructivos de los montículos, incluidos los volúmenes de tierra posiblemente removidos.

Al lado de algunos de los cerros relevados en el Delta Superior (El Castaño 1 y 2, Los Cardos, Puesto Acosta, Grande 1 y 2, Lote 11) existen depresiones cerradas de donde posiblemente se extrajeron importantes volúmenes de sedimentos (Fig. 4.1). Esta tierra, junto con los abundantes residuos generados durante la ocupación humana, serviría para elevar la superficie habitable en este ambiente inundable. De esta forma, los cerros se estarían formando no solo por la acumulación de residuos generados durante la ocupación

humana sino que también los grupos humanos habrían utilizado la tierra como material constructivo de los montículos. Además, como hemos observado junto a Carola Castiñeira y Adriana Blasí en las capas superpuestas del sitio Los Tres Cerros 1 es posible que a la tierra se le agregaran grandes cantidades de tiestos pequeños, valvas y huesos y que se quemaran los sedimentos para facilitar la consolidación y mantener la integridad del montículo.

Para estimar el trabajo invertido en los montículos se puede recurrir a estudios de construcciones realizadas en el presente con los métodos utilizados en el pasado. A par-



Figura 4.2

Formas frecuentes de los recipientes cerámicos del Delta y llanura aluvial del Paraná.

tir de experiencias constructivas con simples palos cavadores, se ha calculado que una persona en 5 horas diarias de trabajo alcanza a excavar y transportar 2,6 m³ de tierra. Con estos cálculos y los metros cúbicos de los cerros se puede estimar tentativamente cuántos días de trabajo por persona se habrían empleado en la elevación de los montículos. El volumen máximo registrado por el momento en los cerros del Delta es de 3912,6 m³ en Cerro Tejeira (Victoria), lo cual implica 30 días de 5 horas de trabajo de 50 personas si consideramos un único evento de construcción comunal. En cambio si asumimos la existencia de múltiples fases de construcción, donde el esfuerzo fue distribuido a lo largo de unos pocos años, con número modesto de personas se podían construir los montículos trabajando solo algunos días al año. Por ello es importante en el futuro que logremos diferenciar si los montículos son o no son el producto de varias etapas de construcción.

Los objetos abandonados en los sitios arqueológicos

Los sitios arqueológicos del Delta eran áreas residenciales donde los grupos humanos utilizaban abundantes objetos de uso

doméstico. Los restos de los objetos fueron descartados en los sitios, generando una alta densidad de materiales que muchas veces supera el metro de potencia. Los fragmentos de recipientes de cerámica (tiestos) constituyen los restos más abundantes y en algunos sitios la única evidencia que disponemos para conocer las características y cómo vivían las poblaciones de la zona. La alta frecuencia de piezas fragmentadas ha llevado a plantear que la cerámica salía de las áreas domésticas por medio de la rotura intencional de las vasijas. En algunos casos los recipientes eran reparados mediante agujeros hechos a ambos lados de las fracturas que eran atados con tientos o fibras vegetales.

La alfarería está constituida por numerosos tipos de recipientes empleados para transportar, almacenar, cocinar y/o servir tanto alimentos como líquidos. Se corresponden con una gran variabilidad de formas: ollas, escudillas, cuencos, jarras con picos vertederos, platos, "cucharas" con mango hueco, "campanas", cuentas, pendientes, torteros y pequeñas pipas¹ (fig. 4.2). Algunos tiestos poseen paredes gruesas que superan el centímetro de espesor y sus bordes tienen leves curvaturas que indican que pertenecían a vasijas de gran tamaño. Otros tienen paredes muy finas que

transmiten bien el calor para cocinar. La variabilidad de recipientes, muchos de ellos pesados y grandes, no parece indicar que hayan sido elaborados para ser transportados continuamente de un lugar a otro. Esto, junto con la alta densidad de materiales arqueológicos abandonados en construcciones de tierra, nos señala que las áreas residenciales localizadas en este medio rico en recursos eran habitadas durante un tiempo considerable. En algunos casos quizás se trataba de pequeñas aldeas con varias familias, aunque habría que corroborarlo con estudios más profundos.

En los sitios es frecuente el hallazgo de fragmentos amasados de arcilla, con y sin cocción, que son residuos producidos durante la manufactura de alfarería en el lugar. Estos fragmentos amorfos en algunos casos muestran marcas de uñas y huellas digitales que dejaron las manos de los artesanos. Para la selección de las arcillas se privilegiaban aquellos barros con inclusiones de arenas de cuarzo (las más comunes) y con frecuencia se agregaba tiesto molido para mejorar el funcionamiento, secado y cocción de los recipientes. Las vasijas eran elaboradas superponiendo distintos rodetes o chorizos a la base plana y modelando elementos destinados a ser aplicados -apéndices y asas- sobre las paredes. Las paredes internas y externas de los recipientes eran alisadas o pulidas y en menor medida bañadas con engobe (capa de pigmento mineral más arcilla y agua). Las piezas eran cocidas en fogones a cielo abierto donde adquirían una coloración rojiza y una textura compacta.

Más del noventa por ciento de la alfarería no tiene decoración. Sin embargo, también hay algunas piezas con pintura roja, negra y/o blanca y sobre todo con incisiones (fig. 4.3) debajo de la boca y en la cara externa de los

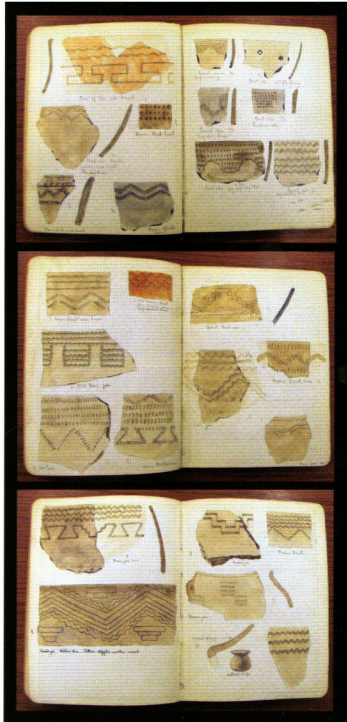


Figura 4.3
Ejemplos de decoraciones incisas del Delta del Paraná. Motivos del sitio arqueológico El Cerrillo registrados por Lothrop en su diario de campo (Samuel K. Lothrop Papers, Field Notebook, 996-27-20/75056.1.15.1 p. 60-61, 68-69, 72-73; Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Harvard).

recipientes. Son comunes las incisiones en las se deslizaba un objeto aguzado sobre la pasta fresca y a la vez se lo presionaba repetidamente, formando un surco con puntos más profundos a intervalos regulares en su interior (surco rítmico²). Se generaban motivos geométricos, líneas rectas paralelas, en zig-zag, onduladas y punteados.

En algunos sitios se encuentran, en bajo número (menos del dos por ciento), representaciones naturalistas de animales. Son siluetas planas con representaciones bidimensionales (fig. 4.4) y modelados tridimensionales macizos o huecos (fig. 4.5) denominados apéndices zoomorfos. Los apéndices generalmente se adherían a modo de asas o como mero adorno en los bordes de los recipientes. A veces se los pintaba de rojo con óxido de hierro (hematita) o se les agregaban incisiones para marcar ojos, picos, plumas, dientes y manchas de la piel que facilitan la identificación de los animales reproducidos. A partir del realismo de sus detalles morfológicos muchos pueden determinarse como cabezas de loros barranqueros, cotorras, guacamayos, búhos, lechuzas, caranchos y otras aves rapaces. También hay carpinchos, nutrias, yaguaretés, tapires, yacarés, serpientes, peces, caracoles, entre otros. En menor medida se hicieron figuras humanas que muestran posibles peinados y el uso de tocados, vinchas y tatuajes o pinturas faciales (fig. 4.6).

Todos estos elementos, junto con las ornamentaciones con surco rítmico y las piezas cerámicas con forma de campana, fueron atribuidos a los Ribereños Plásticos por Serrano y Caggiano o a Goya-Malabrigo por Rex González y Ceruti. Como se puede observar en el mapa de la figura 4.7, fueron relevados

noventa sitios arqueológicos con apéndices zoomorfos. El mapa muestra una extensa distribución siguiendo el Paraná. La ubicación de los asentamientos está estrechamente asociada a la llanura aluvial del cauce y el paleocauce del río. Los sitios bonaerenses del Túmulo de Campana y Túmulo I del río Carabelas son los más australes de esta distribución por el territorio argentino, mientras que los sitios Laguna Brava y El Naranjito del chaco muestran el límite norte en la zona de confluencia con el río Paraguay. La mayor concentración ocurre en el Delta Superior y más aún en el Paraná Medio donde están los sitios más antiguos en el sector santafecino. Los asentamientos con apéndices fueron ocupados, según nuestro calendario gregoriano, desde alrededor de los inicios de la era cristiana hasta los primeros siglos luego de la llegada de los españoles.

Los apéndices han decorado los bordes de ollas, vasos y fuentes de uso diario. En otros casos su inclusión como ajuar funerario junto a entierros humanos o su gran tamaño no apuntaban a un uso solo utilitario. Los animales representados en la cerámica se vinculaban seguramente con las creencias de estos grupos humanos. Por ejemplo, entre los modelados más grandes que se conocen se encuentra la cabeza de un yaguareté de las islas de Victoria (fig. 4.8). Tanto las mandíbulas y los dientes caninos³ perforados como las pieles de este felino también eran utilizados para colgantes, collares y atuendos. Según lo relata el navegante portugués Pero Lopes de Sousa en 1531, algunos indígenas vestían las pieles con la cabeza del yaguareté aún adherida, agregándoles un valor extra a estos elementos cuando eran transformados en objetos suntuarios y vestimentas que

Figura 4.4
Siluetas recortadas de cabezas de mamíferos y aves recuperadas en las islas de Victoria.

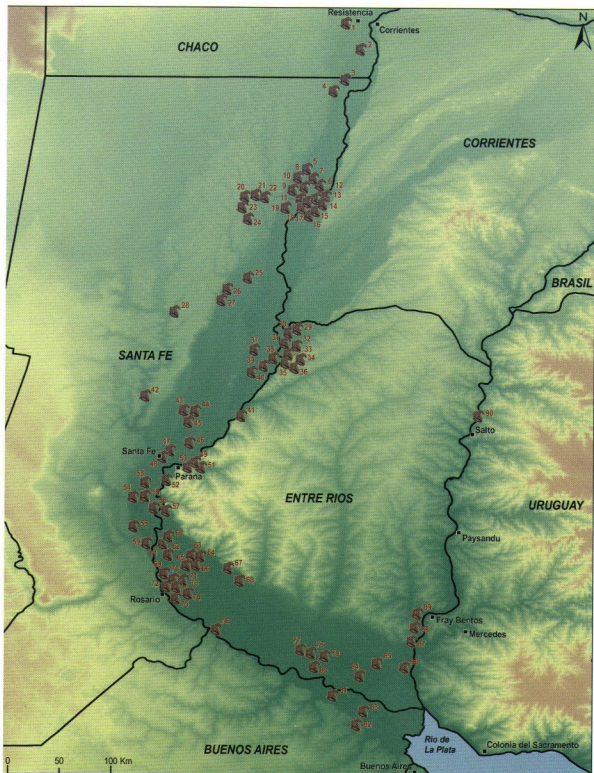
Figura 4.5
Apéndice zoomorfo que representa la cabeza de un psitácido, hallado en el departamento de Diamante.

Figura 4.6
Representaciones de cabezas humanas.
Arriba: Rincón del Doll (col. F. de Aparicio, Museo Etnográfico "Juan Bautista Ambrosetti" de Buenos Aires-ME).
Abajo: Islas entre Las Cuevas y Alvear.
Nótese las fosas nasales abiertas, las incisiones en la cara que podrían representar su decoración con pintura o tatuajes faciales, las perforaciones en los lóbulos de las orejas para el uso de pendientes u orejeras y el posible tocado en la figura del Rincón del Doll.

emulaban estos animales y simbolizaban su fuerza, destreza y agresividad.

Si bien en los apéndices está plasmada gran parte de la fauna local, predominan las aves grandes y con plumajes llamativos. Hay sobre todo cabezas de loros, cotorras y de guacamayos que hoy habitan regiones tropicales más cálidas. En este sentido, la presencia de áreas de la cara sin plumas en ciertos apéndices de cabezas de psitácidos, le sirvió a Ottalagano para identificar modelados de guacamayos del género *Ara* en el Paraná Medio. Entre los grupos etnográficos del Amazonas, Chaco, Mato Grosso y Guayanas, los psitácidos fueron y son vehículo de un complejo simbolismo, que varía de acuerdo a su hábitat, comportamiento, color y plumaje (Fig. 4.9). Las características que influyen en la predilección por estas aves son la capacidad de hablar al igual que los seres humanos y que también conviven en grupo. Además vuelan y por tanto se cree que pueden atravesar los distintos planos cósmicos, conectando a las







Figuras 4,8

Apéndice zoomorfo que representa la cabeza de un yaguareté. Recuperado en las Islas de Victoria por Ambrosetti a fines del siglo XIX [ME].

Figuras 4,9

Cazador guaicurú del Chaco paraguayo con diadema y vestimenta de plumas.



Figura 4,7

Distribución de los principales sitios arqueológicos con apéndice zoomorfo en Argentina.

Referencias: 1 Lag. Bravo; 2 SCHA Saf 10-1 (El Naranjito); 3 Co. Aguará; 4 Barrancas del Paranacito; 5-7 Paraná Mini 1, 3 y 4; 8 A° Pescado; 9 Río Los Amores; 10 A° La Fondita; 11 Paso del Tala; 12 El Sestiadero; 13 Paradero de la Costa; 14 Los Loros; 15-16 A° Isoró 1 y 2; 17-18 San Francisco V y IX; 19 A° Aguilar; 20-24 Malabrigo 2, 4, 7; 25 La Lechuzo; 26 Lag. del Cristal III; 27 Lag. del Plato II; 28 Lag. La Blanca; 29-30 Puerto Cuartel I y II; 31 Las Mulás I; 32 El Ombú; 33-34 A° Largo I y V; 35-36 A° Arenal I y IV; 37 San Javier; 38-39 A° Canelones I y II; 40 Isla Larrede I; 41 La Palmera II; 42 Río Salado; 43 Los Eucaliptos; 44 Isla Barranquilla; 45 El Periquillo; 46 A° Leyes; 47 Lag. de Guadalupe; 48 El Rincón 1; 49-51 Villa Urquiza 3, 4 y 5; 52 Paraca; 53 Isleta del Árbol Viejo; 54 Familia Primón; 55 Las Tejas; 56 Co. de las Pajas Blancas 1; 57 Co. Tapera Vázquez; 58 Ombú de Basualdo; 59 Puerto Gaboto; 60 La Horqueta; 61 Co. Barrancas; 62 Lag. de los Gansos; 63 Co. de Arena; 64 Los Laureles; 65 Co. Grande; 66 Isla del Pillo; 67 Lag. El Pescazo; 68 El Cerrito de Puerto Esquina; 69-70 Co. El Castaño 1-2; 71 Co. Puesto Acosta; 72-73 Los Tres Cerros 1-2; 74 La Tortuga 2; 75 Co. Grande de la isla de Los Marinos; 76 Co. Grande del Paraná Pavón; 77 La Argentina; 78-80 Paraná Ibicuy 1, 2 y 4; 81 Localidad Isla Talavera [BD-51, 52 y 55]; 82 Túmulo de Campana; 83 Túmulo I del Río Carabelas; 84 Don Santiago; 85 Paranacito; 86 Rodeo Viejo de la Nena; 87 Estación 32; 88 Túmulo de Puerto Basilio; 89 Co. Machado y 90 Isla del Medio (R.O.U.).

guaicuru Indianer aus dem nördlichen Paraguay.



Figura 4,10

Campanas recuperadas en distintos sectores del Paraná. Arriba: Victoria (dos vistas) y Alvear. Abajo: Diamante (col. Aparicio, ME) y Cerro Grande de la isla de los Marineros (CGLM; col. F. Gaspari, Museo Histórico Provincial "Dr. Julio Marc" de Rosario-MHPR) Los Tres Cerros y Cerro Grande isla del Pillo (CGLM (MHPR). Véase el menor detalle de elaboración de las últimas tres campanas pequeñas.

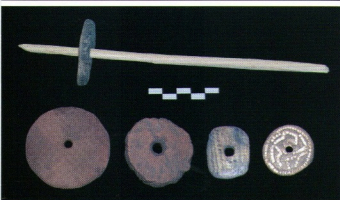


Figura 4,11

Torteros de cerámica hallados en las islas del Paraná. Arriba: Tortero arqueológico con huso actual. Abajo: Torteros lisos de Las Cuevas (Diamante) y de la isla de Los Marineros (col. Gaspari, MHPR) Torteros con incisiones del sitio El Castaño (col. J. Nóbile, Museo de Historia Regional de San Lorenzo) y del Cerro Grande (Victoria).



Figura 4,12

Instrumentos de huesos hallados en el Túmulo I del Brazo Largo (Islas del Ibicuy) por Torres en 1906.

personas con sus espíritus. La información reunida por Reina y Kensinger muestra que en distintos grupos los psitácidos son considerados animales totémicos, participan en ceremonias y mitos, aparecen en la iconografía cerámica y viven como mascotas en estrecha relación con los humanos. Estas mascotas se intercambian con poblaciones de otras zonas ecológicas y son una fuente constante de plumas coloridas y brillantes. Un ejemplo

de estos movimientos de animales vivos ha quedado escrito en un documento de 1584 reproducido en la obra de Anibal Montes, que muestra la posesión de dos guacamayos por un indígena asentado en el río Segundo en las cercanías de la localidad de Córdoba. Las plumas también tienen un fuerte valor estético, práctico y ritual en toda América del Sur. Son transportadas por largas distancias para transformarlas en adornos corporales, textiles y prendas de vestir o para colocarlas en las flechas para mejorar su aerodinámica. Las largas colas de los psitácidos brindan las plumas de mayores dimensiones, justamente esta parte junto con la cabeza son las más representadas en las campanas y otros recipientes de cerámica del Paraná.

Las campanas de cerámica (Fig. 4,10) no eran recipientes, ya que no servían para contener líquidos ni sólidos. Debido al gran espesor de



Figura 4.13

Comparación de los arpones arqueológicos, etnográficos y de pescadores contemporáneos. A la izquierda: cinco puntas de arpón sobre asta del sitio arqueológico Brazo Largo del Delta del Paraná (MLP). Al centro: dos puntas de arpón sobre hueso y asta perteneciente a grupos toba y wichí del Chaco (MLP). A la derecha: extremo de dos arpones con punta de metal en uso en la actualidad.

sus paredes, que llega hasta los dos centímetros y medio, fueron denominadas alfarerías gruesas por Serrano. Poseen cuerpo cilíndrico abierto en la parte inferior y, generalmente, tienen un apéndice en la parte superior que suele estar acompañado por uno o dos orificios. El apéndice era con frecuencia la cabeza maciza de un ave que se la solía acompañar con la representación de la cola y las plumas. La función de las campanas es desconocida, aunque a veces conforman el ajuar de los entierros humanos y en otras hay hollín adherido a las paredes internas, producto de la quema de alguna sustancia.

En baja frecuencia se hallan imitaciones a pequeña escala de campanas y de vasijas de mayores proporciones. Las pequeñas campanas recuperadas en el Paraná Medio y el Delta Superior (figs. 4.10), son ejemplo de ello. Las mismas han sido interpretadas como objetos pertenecientes a niños, especialmente como juguetes, en base al reducido tamaño, las terminaciones de baja calidad y la falta de simetría. Es probable que estas campanas y vasijas estén mostrando cómo, a través del juego, los

niños aprendían las destrezas tecnológicas y los conocimientos culturales para la manufactura de los objetos que iban a confeccionar y usar cuando fueran adultos. En algunas piezas muy bien elaboradas es difícil saber si en realidad su tamaño no refleja un uso diferente. Pueden ser miniaturas con funciones rituales, ofrendas funerarias o contenedores de pigmentos.

Los objetos fabricados con fibras, textiles, cestos, cuerdas y redes, seguramente fueron objetos importantes en el universo material de los indígenas del Paraná. Si bien con el paso del tiempo estos elementos no se han preservado, aparecen tiestos con impresiones de mallas de redes y tramas cerradas de canastos, hechas antes de que la arcilla se seque. Existen además herramientas para su manufactura como son los torteros de cerámica y posiblemente algunos de los instrumentos en hueso. Los torteros (figs. 4.11) constituyen evidencias indirectas de la producción de textiles. Son discos chatos con una perforación central atravesada por el huso, varilla fina posiblemente de madera donde se va enrollando y

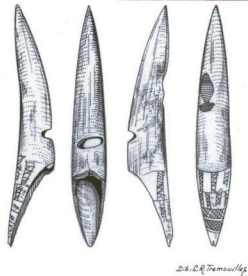


Figura 4.14
Punta de arpón con decoración incisa del sitio Brazo Largo del Delta del Paraná [col. P. Gaggero y D. Fernández, MLP].

tensando la fibra. Los torteros sirven de contrapeso y facilitan la rotación durante el hilado a mano de distintas fibras vegetales, lana o pelo. El diámetro de los torteros varía en función de la cantidad y el grosor de la fibra a enrosacar en el huso, siendo los más chicos más aptos para las finas fibras de algodón⁶.

Entre los utensilios y armas, son frecuentes las puntas, punzones, agujas, espátulas y tubos para inhalar manufacturados en materiales duros de origen animal. Se emplearon huesos de mamíferos (sobre todo ciervo de los pantanos y venado de las pampas), peces y aves, y astas de cérvidos (fig. 4.12). Es interesante que las astas muchas veces se ahuecaban, debilitando la dureza y elasticidad que tienen cuando poseen el tejido esponjoso en su interior, propiedades que otros grupos indígenas buscan cuando hacen instrumentos sobre este material. También se han elaborado instrumentos en huesos de camélidos (guanacos o llamas). Las más frecuentes son las puntas que se usaban en el extremo de lanzas y de flechas tiradas con arcos o lanzaderas. Entre ellas se destacan las puntas separables de arpón sobre astas de cérvidos. Las puntas de arpón arqueológicas son muy semejantes a las de hueso y asta usadas por los indígenas de Formosa y Chaco y a las de metal que algunos pescadores del Paraná continúan



Figura 4.15
Instrumentos líticos manufacturados por alisado y pulido recuperados en los sitios Cerro Chico, Laguna Grande y Los Laureles en las islas de Victoria.

usando en sectores con aguas poco profundas (fig. 4.13). Las puntas separables sobre asta están ahuecadas en la base para introducir el astil y pueden presentar una perforación lateral para atar una cuerda. En algunos casos presentan una decoración geométrica incisa semejante con líneas rectas paralelas rellenas con x (fig. 4.14). En general, los arpones son las piezas que más frecuentemente están decoradas mostrando la importancia simbólica que tenía la pesca para las poblaciones que vivían en este medio acuático.

Además de las armas y herramientas de huesos y astas, se utilizaron artefactos de piedra. Estos son escasos en la gran mayoría de los sitios del Paraná, salvo en las proximidades a las canteras en las que obtenían las materias primas líticas; es el caso del arroyo Las Conchas donde están disponibles las areniscas de la Formación Ituzaingó. Los artefactos de piedra están constituidos por unas pocas piezas talladas (denticulados, raspadores, raederas, cuchillos, etc.). Más frecuentes son los modificados durante el uso o manufacturados por picado, abrasión y/o pulido (fig. 4.15). Estas últimas herramientas estuvieron destinadas fundamentalmente a la molienda de plantas, así como para percutores, yunques y bolas con surco. Las bolas podrían haberse empleado para boleadoras o como pesos para



Figura 4.16

Lámina y cuentas de cobre del Túmulo I del Brazo Gutiérrez del Delta del Paraná (Islas del Ibicuy, col. Torres, MLP).

Nótese las capas de corrosión verde oscuras, verde claras y rojizas formadas por distintas combinaciones de minerales de cobre.



Figura 4.17

Moluscos de aguas continentales aprovechados en las inmediaciones del río Paraná Guazú. Arriba: Almejas del género *Diplodon* (especies *Diplodon variabilis* y *Diplodon parallelapipedon*). Abajo: Ampulárido (*Pomellia megastoma*) y cuentas circulares sobre valva (Túmulo II del Paraná Guazú; col. Torres, MLP).

los ángulos de las redes de pesca. Además se han recuperado “afiladores” sobre placas de arenisca con uno o más surcos profundos utilizados posiblemente para darle forma y aguzar las puntas de los instrumentos óseos.

Las rocas utilizadas para los artefactos provienen de distintas direcciones. Han sido acarreadas a las áreas residenciales desde los afloramientos de la margen izquierda del Paraná, desde ambas riberas del río Uruguay y desde las sierras de Tandilia y de Córdoba alejadas por varios cientos de kilómetros. Esto último señala que las poblaciones del Paraná habrían participado de extensos circuitos de intercambio para balancear la distribución heterogénea de las rocas en el medio ambiente. Las redes de intercambio abarcaban a los indígenas de las llanuras pampeanas y las Sierras Centrales de Córdoba y San Luis.

Asimismo, en contextos funerarios pre y posthispánicos del Delta y la llanura aluvial del Paraná han sobrevivido a la corrosión láminas y cuentas perforadas fabricadas en cobre, a veces en estado puro ^{[18] 4.16].} De la misma manera que en las pinturas rupestres del Cerro Colorado en Córdoba, se han represen-

tado cóndores andinos, en este caso modelados en cerámica. Las materias primas líticas exóticas, los objetos de cobre y los modelados de cóndores de los asentamientos prehispánicos del Paraná indican contactos, incluida la circulación de personas y/o de objetos, con las Sierras Centrales y el área Andina Meridional. La distinta distribución, cantidad y lugares de abandono de los materiales líticos respecto a los metales nos muestra que ambos tipos de elementos posiblemente participaron de distintos planos de intercambio. Dentro de un plano utilitario como materia prima a transformar los primeros y bienes de prestigio ya fabricados los segundos.

Los restos de plantas y animales. La alimentación

Los huesos, dientes, astas y valvas recuperados en los sitios del Paraná muestran qué animales se consumían para alimentarse. Se cazaban abundantes mamíferos como ciervo de los pantanos, venado de las pampas, guazuncho o viracho, coipo o nutria, carpincho, vizcacha, cuis, mulita y tuco-tuco. Los reptiles,

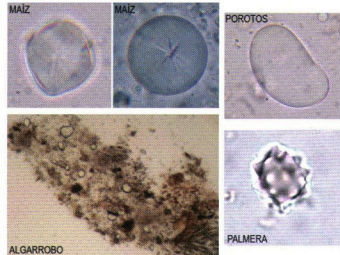


Figura 4.18

Recursos vegetales identificados a partir del estudio de almidones arqueológicos. Arriba: Granos de almidón de maíz y de porotos (Cerro Los Cardos, Victoria). Abajo: Tejido epidérmico de algarrobo (Río Paraná Mini, Buenos Aires) y fitolito de hoja de palmera (Cerro Rodríguez, Victoria).

sobre todo iguanas y lagartos, y las aves como ñandú, biguá, carancho, macá grande, perdiz y patos son muy escasos. También se obtuvieron diversos peces, principalmente armados. Se pescaron sábalos, patíes, pacúes, dorados, bogas, chanchitas, surubíes, tarariras, rayas de río y distintos tipos de bagres. Animales como el coipo fueron generalmente llevados completos a la zona de viviendas, tal como lo muestra el hallazgo de todos los huesos que componen su esqueleto en algunos sitios. En cambio, de los cérvidos a veces aparecen solo algunos de sus huesos en los sitios, lo cual indica que estos animales más grandes eran trozados donde los mataban y solo transportadas a los asentamientos las partes con más carne. La caza probablemente era auxiliada con perros, cuyos esqueletos han sido registrados en los sitios Cerro Lutz y La Palmera V.

Además se recolectaron los moluscos del valle de inundación del río Paraná (Fig. 4.17). Se explotaron las almejas del género *Diplodon* que poseen conchas nacaradas grandes y sólidas que sirvieron para fabricar cuentas de collar. A estas almejas de agua dulce se las encuentra enterradas en los suelos blandos de lagunas, madrejones⁵, zanjones y de cursos de agua menores y de escasa corriente. En el sitio Ce-

rrro Lutz se ha recuperado una acumulación de moluscos, cuyos tamaños corresponden principalmente a individuos adultos, lo cual contrasta con lo que sucede en los bancos naturales y mostraría un sesgo por la selección y recolección humana. En menor medida se aprovecharon los ampuláridos, moluscos anfibios que sobreviven a condiciones de desecación o de grandes bajantes durante las cuales permanecen con frecuencia más o menos enterrados. Estos caracoles, que todavía son consumidos por algunos pobladores, habitan preferentemente aguas tranquilas de cursos y cuerpos de agua permanentes y temporarios.

Los almidones acumulados en semillas y tubérculos fueron una fuente vital de calorías e hidratos de carbono para las sociedades pretéritas. Estudios microscópicos nos han permitido detectar almidones arqueológicos adheridos a herramientas de piedra y en las paredes internas de los tiestos que conformaban recipientes de distintos sitios del Delta del Paraná. Estos estudios nos han brindado la principal evidencia arqueológica del consumo de vegetales domesticados en el área. Nos muestran que poblaciones locales (no guaraníes) consumían de manera frecuente maíz y porotos (Fig. 4.18). Simultáneamente, indican que los instrumentos líticos sirvieron para moler plantas domesticadas durante la preparación de alimentos que eran colocados en vasijas de cerámica. Con respecto a los vegetales silvestres, se ha identificado también la presencia del nutritivo algarrobo y de partículas de sílice denominadas fitolitos de hojas de palmera (¿material constructivo de las viviendas?).

Al igual que sucedió desde épocas muy tempranas en otras partes de las Tierras Ba-

jas sudamericanas, se han registrado indicios de la explotación integral de las palmeras, cuyos dulces dátiles son ricos en aceites y proteínas. Carozos carbonizados de los frutos de las palmeras yatay y pindó se observan en varios sitios arqueológicos del Paraná. El por qué aparecen carbonizados no está muy claro. Probablemente se quemaron accidentalmente luego del consumo del fruto fresco o durante el tostado y a causa de ello se han preservado. Si bien en otras partes de Sudamérica también se los usa para hacer carbón, ya que arden durante largos períodos, en el área existen árboles con muy buenas maderas para leña. Por ejemplo en el sitio Cerro Tapera Vázquez se han recuperado carbones de algarrobo y canelón, que producen brasas de duración prolongada y altas temperaturas. Las maderas duras de estos árboles fueron usadas para obtener luz y para hacer alfarería, así como para cocinar la comida en fogones. Las principales técnicas utilizadas para cocinar fueron el asado, el hervido en contenedores y el ahumado para preservar la comida.

Las costumbres funerarias

Una vez que fallecían los seres humanos eran enterrados en los montículos y albardones, usualmente en las pendientes. En las mismas elevaciones utilizadas para instalar las viviendas los indígenas inhumaban a sus familiares muertos. Es decir que no necesariamente se aislaba a los muertos de los vivos como sucede actualmente en nuestra propia sociedad. En varios montículos y albardones se han enterrado varias decenas de cuerpos. Es probable que la práctica reiterada de in-

humar durante años a los muertos (antepasados) en lugares que también fueron asentamientos residenciales generara fuertes vínculos de pertenencia entre las personas y los espacios que habitaban.

Coexistieron diferentes maneras de enterrar, cuidar y manipular los cuerpos humanos. De forma frecuente se enterraron los cuerpos completos directamente en la tierra sin ningún tipo de tratamiento (entierro primario), aunque en algunos sitios aparecen cráneos aislados, esqueletos incompletos o elementos óseos dispersos. Otros individuos se sepultaban provisoriamente primero, pasado un tiempo se los exhumaban y se les limpiaba el tejido blando aún adherido, dejando a veces marcas del descarnado en los huesos. Luego, enrollaban los huesos con hematita y volvían a enterrarlos de forma definitiva (entierro secundario). A veces se envolvía a más de un individuo en paquetes funerarios que eran trasladados por largas distancias antes de ser inhumados.

Al igual que en el Chaco y el Amazonas, otros difuntos recibieron en los mismos lugares un tratamiento profundamente distinto al previamente mencionado. En Los Tres Cerros 1, donde hay entierros primarios y secundarios, observamos un fogón con fragmentos de un cráneo, dientes y huesos humanos totalmente carbonizados y coloreados. En estas situaciones con huesos incinerados y muy fragmentados no está claro si se está ante una cremación destinada a determinados miembros de la población o si en realidad se trata del cadáver de una víctima.

Alrededor y entremezclados con los huesos humanos de los entierros se suele encontrar gran cantidad de fragmentos cerámicos y restos de coipo, carpincho, cuis,

pecados y moluscos. Parte de las valvas y de los huesos de animales aparecen quemados, posiblemente producto de su preparación como alimentos. Hasta el momento hay dos explicaciones alternativas sobre estos curiosos hallazgos. Por un lado que sean ofrendas de comida y recipientes rotos sobre los cuerpos en ceremonias funerarias. Por otro lado, debido a la falta de diferencias con los demás materiales abandonados en los sitios, podrían ser vestigios de antiguas ocupaciones mezclados cuando se hizo el pozo para introducir al difunto.

Algunos huesos humanos fueron modificados con el fin de fabricar herramientas, lo cual muestra que sepultarlos era una de las formas de manipular a los muertos. A su vez, no solo se enterraban a las personas que morían. En sitios del departamento de La Paz como El Dorado I y Arroyo Arenal IV se han dado a conocer conjuntos asilados con materiales enterrados sin restos humanos alrededor. Los conjuntos están constituidos por recipientes cerámicos enteros, campanas, apéndices, instrumentos de hueso, rocas o restos de alimentación. Ceruti ha propuesto que estos conjuntos con pocos objetos habrían sido enterrados de manera intencional.

En otros contextos funerarios, se agregaban ajuares junto a los esqueletos humanos. Eran objetos con fuerte valor simbólico como campanas y apéndices zoomorfos de cerámica, cuentas de collar sobre valva y cerámica, huesos de megamamíferos, bivalvos fósiles, cráneos de carnívoros y arpones de hueso. Excepcionalmente, en las tumbas de individuos importantes fueron colocadas placas con perímetros repujados, colgantes y cuentas, todos elaborados en metales brillosos como el cobre. Además de la materia

prima, los diseños de estos adornos de metal mostrarían su procedencia andina. El trato diferencial de estas personas cuando morían podría estar reflejando relaciones sociales asimétricas, en las que algunos miembros de la sociedad tenían acceso preferencial a ciertos bienes de intercambio. Los objetos importados podrían haber generado diferencias al interior de los grupos, dando mayor estatus a los personajes locales que los poseían y simbolizando sus privilegios especiales. A través del control del intercambio de productos de áreas geográficas distantes, estos individuos tenían la capacidad de acceder a bienes sofisticados (manufacturas en metal) que podían utilizar para consolidar su posición social, prestigio y liderazgo.

¹ Las escasas pipas halladas son de cerámica y algunas también de piedra. Tienen tubos perpendiculares al hornillo en el que se fumaban sustancias estimulantes; tal vez tabaco, el narcótico más usado y de mayor distribución en la América prehispánica.

² El surco rítmico fue una técnica decorativa muy característica que estuvo ampliamente difundida entre las poblaciones indígenas de las Tierras Bajas sudamericanas.

³ El colgante hecho con la mitad de una mandíbula de yaguareté recuperada en el sitio La Palmera V por Ceruti y los siete caninos de por lo menos dos yaguaretés registrados en la colección Torres del Túmulo II del Paraná Guazú, seguramente se vinculen con el valor simbólico que poseía el felino más grande del continente americano.

⁴ A veces puede ser difícil distinguir los torteros de otros artefactos perforados en el centro y con diámetros semejantes, como por ejemplo los discos circulares sobre valva hallados por Torres en el Túmulo II del Paraná Guazú. Sin embargo, estos discos poseen perforaciones menores a los 4 mm, el mínimo generalmente aceptado para un tortero.

⁵ Cauces inactivos formados generalmente cuando se tapan con sedimentos sus bocas.

LA OCUPACIÓN INDÍGENA DEL RÍO URUGUAY Y LA LLANURA ENTRERRIANA

Entre las principales características que diferencian al río Uruguay del Paraná se destacan que el primero de los cursos posiblemente fue ocupado con anterioridad y la gran cantidad de artefactos líticos que los cazadores, recolectores y pescadores abandonaron en sus sitios. En la margen uruguaya y brasileña del río Uruguay se han detectado sitios con antigüedades de once mil quinientos a diez mil años atrás que corresponderían a los primeros pobladores que habitaron la región. Si bien en la margen entrerriana no hay antigüedades que superen el año 382 después de Cristo (Tabla 5.1; Anexo I), se han registrado en Entre Ríos y en Corrientes puntas de proyectil del tipo cola de pescado. Estas puntas, usadas a lo largo de Sudamérica entre hace once y diez mil años atrás, fueron recuperadas sobre curso medio del río Uruguay.

De esta manera, otra de las diferencias entre la arqueología del Paraná y del Uruguay es que en este último hay evidencias más claras de ocupaciones humanas anteriores a la adquisición de la cerámica (generalmente denominadas precerámicas). En las viejas terrazas del río y en las capas más profundas de algunos sitios arqueológicos de la zona de Salto Grande (al norte de Concordia) solo se han hallado materiales líticos, mientras que la

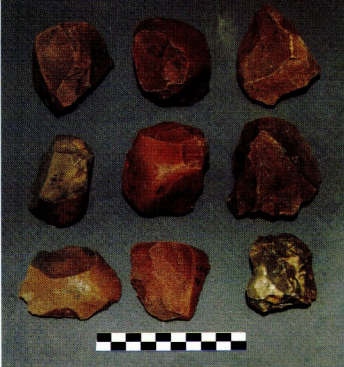


Figura 5.1

Núcleos y lascas sobre rodados recuperados en la superficie del terreno en el sitio arqueológico Los Sauces II (Federación, col. M. Cigliano y R. Raffino 1970, MLP).

Figura 5.2

Material lítico, cerámica y moluscos recuperados en el Cerro Chico (Federación, col. Cigliano, MLP).

Tabla 5.1

Edades obtenidas por el método de Carbono 14, y calibradas en años de nuestro calendario para los sitios arqueológicos del río Uruguay en Entre Ríos.



alfarería está ausente. Ello sucede en los sitios El Dorado, Los Sauces II y Arroyo Yará Chico y señalaría la existencia de ocupaciones pre-cerámicas. Es necesario aclarar que la alfarería más antigua que se conoce en toda América del Sur es de ocho mil años atrás y fue descubierta en el Bajo Amazonas, mientras que en zonas adyacentes de la banda oriental del río y la región pampeana ronda los tres mil años.

Distintas actividades realizadas en los sitios arqueológicos

Las poblaciones prehispánicas del río Uruguay realizaron distintas actividades en lugares específicos, produciendo distintos tipos de sitios arqueológicos: talleres, "concheros" y campamentos residenciales. Generaron numerosos talleres, lugares en los que fabricaban instrumentos de piedra (p. ej. raspadores, raederas y perforadores) y producían abundantes desechos de la talla por percusión (núcleos y lascas). Los talleres eran ubicados en las terrazas y playas del río, donde hoy en día se siguen depositando los cantos rodados de calcedonia, areniscas y sílices que sirvieron de materia prima en el pasado. Los indígenas aprovecharon los rodados de 5 a 12 cm de diámetro, tal como

Sitio arqueológico

Edad en años del calendario

| | |
|--------------------------|--------------|
| Rancho Colorado 1 (n 3l) | 1262-1319 DC |
| Cerro Chico II | 1225-1311 DC |
| Rancho Colorado 1 (n 4l) | 1188-1290 DC |
| Cerro Chico I | 1160-1221 DC |
| Los Sauces I | 974-1031 DC |
| A° Yará Chico (n 6B) | 803-994 DC |
| Los Sauces II (n 5l) | 650-776 DC |
| Rancho Miño | 551-688 DC |
| A° Yará Chico (n 6B) | 548-680 DC |
| Los Sauces II (n 3l) | 382-542 DC |

Referencias: DC= después de Cristo.

lo muestran los artefactos de los sitios con remanentes de superficies externas redondeadas y pulidas por el río ^(fig. 5.2). Para tallar los rodados más pequeños apoyaban uno de sus extremos sobre un yunque de piedra para luego golpear el otro extremo con un percutor también de piedra. Por su muy buena calidad para la talla, la calcedonia fue la roca más usada. Se utilizó para manufacturar herramientas de corte sobre los cantos rodados o sobre las lascas que extraían de ellos.

Otra característica del río Uruguay Medio (Salto Grande) e Inferior (Puerto Landa al sur de Gualaguaychú) son los sitios arqueológicos formados por grandes acumulaciones de valvas de moluscos³ y huesos de pescados. Estos sitios, denominados por algunos autores como concheros por la cantidad de valvas, son concentraciones de residuos de comida de las poblaciones del pasado. Junto a las valvas calcáreas y restos de bagres, armados y bogas, descartaron huesos de otros animales que consumían como cérvidos y carpinchos, así como artefactos líticos y cerámica. Entre los sitios con acumulaciones de moluscos se destacan los sitios de Cerro Chico ^(fig. 5.2) y Los Sauces II de Salto Grande que, de acuerdo a los análisis de Carbono 14, fueron ocupados en distintos momentos entre los años 382 y 1311 de nuestro calendario.

En los campamentos residenciales las poblaciones se asentaron temporariamente y desarrollaron actividades domésticas, que incluían la confección de herramientas líticas y de ollas globulares de cerámica donde hervían y freían con grasa los alimentos. Sobre la margen derecha del Bajo río Uruguay la ocupación humana fue similar a la del lado del Paraná. Los grupos indígenas instalaron sus residencias sobre al-

bardones, médanos y en cerritos. Estos últimos seguramente también tuvieron una compleja historia de construcción, mantenimiento, abandono y reocupación a lo largo del tiempo. Entre ellos se destaca el sitio 3 de la localidad Cerros de Boari ^(fig. 5.3) donde los materiales arqueológicos forman una capa continua de más de un metro y medio de espesor que ha contribuido a la elevación del cerrito en una zona baja y anegadiza. Otros montículos importantes que fueron total o parcialmente construidos son los de Puerto Basilio y de Puerto Landa que siguieron siendo ocupados en momentos posteriores a la conquista, tal como lo muestra la presencia de cuentas de collar de vidrio ^(fig. 5.4). Estos cerros eran lugares duraderos y destacados en el paisaje, donde a su vez se hicieron rituales funerarios en los que sepultaban a las personas que se morían en entierros primarios y secundarios como los descriptos en el capítulo anterior.

Similitudes y semejanzas en la cultura material

Además de la presencia de montículos, en el Bajo Uruguay se observan similitudes con la llamada cerámica Goya-Malabrigo del río Paraná, que señalan convenciones estilísticas compartidas en ambos sectores. En este sentido, las semejanzas en la alfarería podrían estar reflejando una identidad social colectiva y una larga historia de interacción. En el Bajo Uruguay se han abandonado abundantes fragmentos de vasijas con paredes alisadas y pulidas, decoradas con incisiones rítmicas, pintura o baños de engobe; se han confeccionado recipientes con picos vertedores de líquidos, “campanas” y apéndices zoomorfos



Figura 5.3

Vista del sitio 3 de la localidad arqueológica Cerros de Boari. Esta localidad se ubica a orillas del río Gualeguaychú y está siendo trabajada por Juan Carlos Castro.

Figura 5.4

Cuentas de vidrio halladas en el montículo de Puerto Landa (Gualeguaychú, col. Doello Jurado, Greslebin y Pozzi, ME).

Figura 5.5

Tiesto con decoración incisa hallado en el cerro de la Pesquería Nicolini ubicada en Puerto Basilio (Gualeguaychú, col. Doello Jurado, Greslebin y Pozzi, ME).



(véase figura 4.7). Los motivos abstractos con surco rítmico, las campanas y la iconografía de cabezas de aves también fueron reproducidos por los artesanos de la banda oriental del río, fundamentalmente desde el río Negro bajando por la costa del bajo Uruguay y el Río de la Plata hasta la altura de Montevideo. En cambio, en el Uruguay Medio se han encontrado algunos apéndices zoomorfos en una isla donde probablemente llegó por intercambio. La alfarería del Uruguay Medio tuvo un menor grado de sofisticación. Las vasijas usualmente no estaban decoradas, poseían formas poco diversas y no tenían asas ni apéndices, sino agujeros hechos antes de la cocción de la pieza que servían para suspenderlas de un trípode sobre un fogón.

Si bien han existido claras diferencias areales entre los materiales arqueológicos del río Uruguay Inferior y Medio, igualmente se observan otras características que son comunes. En relación a la alfarería, a partir de la mezcla de arcillas con agua y arenas de cuarzo, hematita y calcita se han elaborado ollas con fondos curvos que fueron expuestas al fuego, tal como lo evidencia el hollín adherido a sus paredes externas y bases. Serrano propuso que a las arcillas se les agregaban importantes cantidades

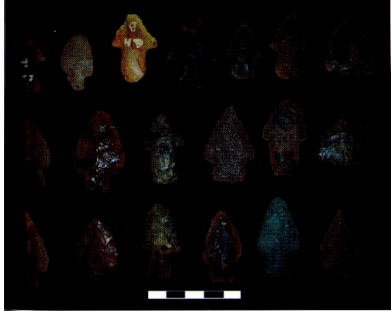


Figura 5.6

Puntas de proyectil recuperadas en el curso medio del río Uruguay (col. E. Brignardello, Museo Regional "Camila Quiroga" de Chajarí) [foto Luis Capeletti].

de espículas de esponjas de agua dulce durante el amasado de la pasta, de la misma manera que en el Alto Amazonas donde era usada por pueblos de origen arawak. La decoración, cuando está presente, incluye pintura roja e incisiones, sobre todo puntas, líneas rectas o en zigzag, conformando a veces motivos geométricos (fig. 5.5). También en los asentamientos se usaron toteros para hilar fibras de modo manual.

En los distintos tramos del río Uruguay se aprovecharon las areniscas y los mencionados rodados silíceos para la fabricación de herramientas. Las areniscas son materias primas abrasivas que suelen aflorar en las barrancas del río y se usaron para hacer artefactos que servían para moler y triturar (piedras con hoyuelos, manos y morteros). Entre los rodados, se tallaron desde guijarros con unos pocos golpes dados sobre una de sus caras a puntas de proyectil muy trabajadas en ambas caras por presión sobre los bordes. Las puntas de flecha (fig. 5.6) poseen formas triangulares con aletas y un pedúnculo en la base que se introducía en el astil de madera. Estas generalmente no superan los 6 cm de largo. A ambas márgenes del río también se han abandonado algunas pun-

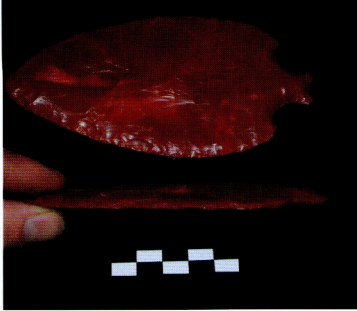


Figura 5.7

Punta de proyectil de gran tamaño y delgado espesor elaborada con gran precisión sobre sílice roja (ME).

tas grandísimas, con pedúnculo corto, base convexa y sin signos de uso (fig. 5.7). Entre ellas se destaca la hallada en las proximidades de Monte Caseros (Corrientes) de 27 cm de largo. Su gran tamaño y la uniformidad de su espesor evidencian un perfecto dominio de las técnicas de talla.

También se han utilizado puntas y arpones sobre huesos y astas ahuecadas (fig. 5.8), bolas esféricas con surco ecuatorial y piedras lenticulares posiblemente para tirar con honda, todas ellas armas para la captura de animales. Los huesos encontrados en los sitios muestran que las proteínas venían de la pesca de armados, viejas, bagres, pacú, tararira, chanchita y boga, así como de la caza de ciervo de los pantanos, guazuacho, coipo, carpincho, armadillos, aves y reptiles. Los huesos largos de los animales más grandes eran fracturados para extraer la nutritiva médula ósea (caracú) de su interior. Continuamente se recolectaban almejas de río que habrían sido asadas colocando directamente las valvas sobre el fuego y por ello aparecen calcinadas. Los peces dominantes proceden de aguas tranquilas y fondos de barro. Al igual que en el Delta del Paraná, los pescados se acostumbraba



Figura 5.8

Puntas manufacturadas en hueso halladas en el montículo de Puerto Landa (col. Doello Jurado, Greslebin y Pozzi; ME).

Figura 5.9

Calca de una placa grabada de arenisca descubierta en Mocoretá (Corrientes; ME).



limpiarlos lejos de los lugares de habitación, quedando los huesos de la cabeza y las escamas posiblemente en las áreas de pesca.

En el curso medio del Uruguay, sobre todo en el departamento de Federación (p. ej. sitios Los Saucos y Cueva del Tigre), se hallaron piezas con un importante grado de elaboración. Se grabaron placas de piedra con motivos geométricos de puntos y líneas. Estas placas grabadas sobre bloques y lajas de arenisca o basalto tienen contornos rectangulares y bordes redondeados por el pulido ^(fig. 5.9). El uso y la función de las placas grabadas se desconocen. Varios investigadores han llamado la atención sobre el hecho de que los indígenas del norte de la Patagonia también poseían placas grabadas, aunque con diseños geométricos un tanto distintos. Por su parte, en Puerto Basilio se han decorado las caras externas de dos recipientes de cerámica con rombos, líneas rectas quebradas y en zig-zag. Estos raros diseños incisos sí son similares a los de las placas grabadas de la Patagonia donde también se los observa en las pinturas rupestres.

La arqueología de las llanuras interiores

En contraposición con las planicies aluviales de los ríos Paraná y Uruguay donde existe una importante concentración de sitios arqueológicos, en la mayor superficie del

interior de Entre Ríos los hallazgos son muy pocos. En efecto, solo se han dado a conocer contados sitios ubicados en la vasta superficie cubierta por el bosque espinoso de la región del Montiel y los pastizales de la pradera entrerriana. Sin dudas en primer lugar esto se debe a que las investigaciones fuera de los principales ríos han sido menos intensas. Pero además la escasez de sitios en las cuchillas y valles interiores parece apuntar a una menor densidad poblacional en tiempos prehispánicos. Las llanuras habrían sido habitadas por sociedades muy móviles con una subsistencia basada en la recolección de semillas y raíces y en la caza de animales diversos. El desarrollo habitual de actividades de caza se infiere a partir de las bolas de boleadora y puntas de proyectil de piedra que suelen encontrarse en los campos arados aledaños al arroyo El Sauce o al río Guauguay. Un ejemplo de estos asentamientos es el sitio Nogueira en Villaguay, donde se han utilizado puntas de proyectil con pedúnculo, bolas de boleadora, sobadores para curtir cueros, instrumentos de hueso y cerámica con paredes lisas. Las puntas pedunculadas son armas prehispánicas características de la zona comprendida entre los ríos Guauguay y Uruguay y de forma ocasional han llegado, por intercambio tal vez, a las costas del Paraná.

¹ No siempre es fácil identificar la acción humana detrás de las acumulaciones de valvas en ambientes fluviales-lagunares. Esto se debe a que varios vertebrados (roedores, aves, peces, anfibios y reptiles) también se nutren de los tejidos blandos comestibles que tienen en su interior los moluscos. El lobito de río o el ave de rapiña denominada caracolero pueden llegar a conformar concentraciones densas de conchas. A su vez, puede haber acumulaciones por muertes masivas por desecación.

ARQUEOLOGÍA GUARANÍ

Las poblaciones de la familia lingüística tupí-guaraní se expandieron desde la floresta amazónica en el norte de Brasil hasta la isla Martín García y Punta Lara en el Río de la Plata. En líneas generales, el cruce de evidencia lingüística, etnográfica y arqueológica sugiere que se habrían dispersado hacia nuevos territorios hace alrededor de tres mil años en dos ramas principales. Los tupinambá por la costa atlántica brasileña y los guaraníes por el interior navegando a través de los ríos Paraguay, Paraná y Uruguay. Estos últimos incluyen a los chiriguano^s del oriente andino y la llanura chaqueña que son producto de la fusión reciente de guaraníes venidos del Paraguay con grupos arawak ya establecidos llamados chané, a quienes los primeros esclavizaron e impusieron su propia cultura.

Dentro de los límites políticos de Paraguay, el sur de Brasil, Uruguay y Argentina (provincias de Misiones, Corrientes, Santa Fe, Entre Ríos y Buenos Aires) se han detectado alrededor de tres mil sitios arqueológicos con materiales guaraníes. Los sitios fueron ocupados desde hace dos mil doscientos años atrás hasta momentos posteriores a la conquista europea. Esto muestra una expansión gradual durante dos milenios hasta alcanzar el Río de la Plata donde desembocan las dos



Figura 6.1

Plato para servir comida (ñaembé en guaraní) y tinajas para servir y fermentar bebidas (cambuchi|cambuchi caguabá) (Delta de Paraná e isla Martín García, MLP). Arriba: Plato con pintura roja interna y corrugado externo|Recipiente policromo con pintura roja interna y externa, blanca con rombos rojos en la cara externa y línea roja delimitando el labio del borde. Abajo: Pintura roja interna y blanca externa con el labio y las divisiones del cuerpo diferenciadas con líneas rojas|Pintura blanca externa con líneas rojas en las divisiones del cuerpo.

principales vías de navegación utilizadas. La expansión habría sido ocasionada por un aumento demográfico continuo en el interior de las aldeas. Ello provocaba la consecuente separación y traslado de un segmento de la población hacia nuevas áreas geográficas, sin que el resto del grupo abandonara los lugares de origen. Justamente la uniformidad en la alfarería de asentamientos distantes hace pensar en movimientos de poblaciones guaraníes. Se cree que ocurrió un traslado simultáneo y permanente de un número sustancial de personas emparentadas que traían consigo su lengua, economía y cultura material.

La presencia de los guaraníes en la arqueología del litoral ha sido identificada a partir de una serie de rasgos característicos, fundamentalmente por la repetición de patrones en la alfarería. Hay claras semejanzas en la manufactura, forma, tamaño y decoración de las vasijas con las de otras áreas conocidas de dispersión guaraní. Incluyen recipientes

de cerámica corrugada, unguiculada, escobada y con pintura de varios colores o policroma, utilizados para distintas funciones (Fig. 6.1), cementerios con urnas funerarias, hachas de piedra pulida, adornos labiales llamados tembetá (véase más abajo) y capas espesas de tierra marrón oscura a negra (*terras pretas* en portugués) generadas por la instalación de aldeas.

La ocupación guaraní meridional

Durante la instalación de los guaraníes se dieron distintos mecanismos de interacción con las poblaciones que precedieron su arribo. Los contactos con los grupos locales o tapuyas (nombre guaraní dado a los vecinos que hablaban otras lenguas) tomaron múltiples formas de conflictos bélicos, relaciones de parentesco (matrimonios interétnicos), alianzas e intercambios. La guerra, la captura de esclavos y el canibalismo de los guaraníes

aparecen de modo recurrente en los primeros documentos escritos por los expedicionarios Luis Ramírez, Roger Barlow y Diego García de Moguer, quienes recorrieron el Plata entre 1527 y 1529. Las fuentes muestran a los guaraníes del Paraná y del Uruguay en hostilidad permanente con las poblaciones locales. Los ataques a los pueblos enemigos aparecen ligados a funciones de venganza, disputas por territorios de pesca y caza, toma de cautivos y de alimentos. Sin embargo, se debe recalcar que la imputación en las crónicas de pueblos violentos, guerreros y canibales a las sociedades nativas americanas fue un justificativo común para su reducción, sometimiento a trabajos forzosos, expulsión y exterminio. Por este motivo, hay que ser cuidadosos al tratar este tema y tomar distancia del discurso hegemónico que se impuso desde la conquista.

Pero veamos qué nos muestra la distribución en el espacio del material arqueológico de dicha interacción social. En Argentina existen dos grandes centros con concentración de sitios arqueológicos guaraníes: por un lado, la selva de Misiones y el Paraná en el norte de Corrientes y, por el otro, el Delta Inferior del Paraná-curso Inferior del Uruguay. La expansión hacia el delta habría comenzado hace unos mil años atrás por el río Uruguay. Allí, chocaron con pequeñas bandas de cazadores nómades (que los españoles llamaron yaros en territorio entrerriano), de quienes los separaban marcadas diferencias en cuanto a los ambientes ocupados y el modo de vida. En el Uruguay Medio las ocupaciones guaraníes se restringen a las islas. Hay una disminución de sitios de norte a sur, concentrándose en las islas al sur de Paso de los Libres y ocasionalmente en ambas costas del río.

En la figura 6.2 se han incluido setenta y cuatro sitios arqueológicos que presentan alfarería policroma, corrugada, unguiculada, hachas pulidas y/o entierros en urnas. En el mapa se observa que el norte de Corrientes (incluidos los esteros del Batel), las islas del río Uruguay, los albardones del Delta del Paraná y la costa occidental del Río de la Plata son los sectores donde se han detectado las mayores concentraciones de sitios con esos materiales. La cerámica policroma con líneas rojas sobre fondo blanco (fig. 6.3) ha sido propuesta como el rasgo más seguro para detectar la distribución más austral de los guaraníes, aunque en realidad representa proporciones muy bajas de los tiestos recuperados en los sitios, generalmente entre cinco y uno por ciento. En los cuatro sectores mencionados, con asentamientos que reúnen la mayor cantidad y diversidad de rasgos considerados diagnósticos, es posible que los guaraníes hayan instalado aldeas permanentes. En parte de estos territorios, los inmigrantes de origen amazónico podrían haber impuesto su cultura a las poblaciones nativas y provocado un significativo reordenamiento territorial.

A excepción del Delta Inferior, al sur de la confluencia de los ríos Paraná y Paraguay la alfarería guaraní es muy escasa y aparece en sitios arqueológicos aislados del Paraná (fig. 6.2). Las bajas proporciones de tiestos corrugados/unguiculados (entre menos de uno y seis por ciento) y, aun en menor frecuencia, de fragmentos policromos en sitios alejados de los centros guaraníes conocidos, han sido atribuidos al comercio, intercambio o trueque. Esto se basaba en que los sitios estaban rodeados por otros asentamientos residenciales sin elementos guaraníes. El hallazgo

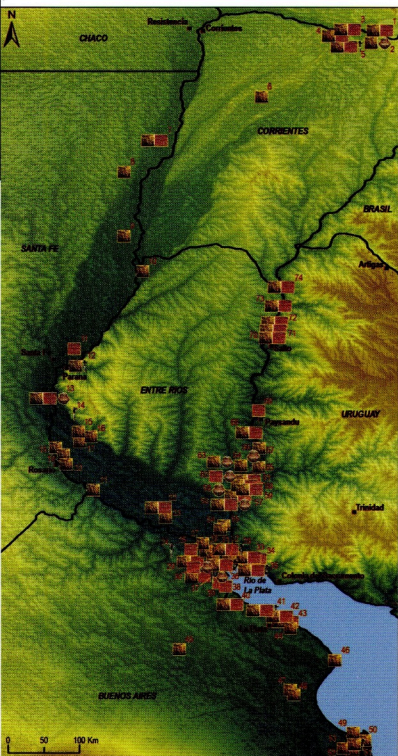


Figura 6.2

Distribución de los principales sitios arqueológicos con alfarería policroma, corrugada/ungulculada, entierros en urnas y hachas pulidas.

Referencias: 1 Puerto Júpiter; 2 Santa Tecla I; 3 Isla Diablo; 4 Medina; 5 San Miguel II; 6 Llamarada I; 7 Paraná Mini I; 8 Malabrigo; 9 Río Ubajay; 10 Las Mulás; 11 A° Leyes; 12 Las Conchas o VU 5; 13 Co. de las Pajas Blancas 1; 14 Molino Doll; 15 Los Laureles; 16 Co. El Lucento; 17 Isla del Pilla; 18 Los Baños; 19 Co. El Durazno; 20 La Tortuga 1; 21 Co. Grande del Paraná Pavón; 22 Paraná Ibicuy 1; 23 Cementería de Mazaruca; 24 Cañada Honda; 25 Túmulo I del Río Carabelas; 26-27 Túmulos I y II del Paraná Guazú; 28 A° Largo; 29 Túmulo de Campana; 30 Paycarabí; 31 Río Paraná Mini; 32 Canal Arana; 33 El Arbolito; 34 Puerto Viejo; 35 Arenal Central; 36 A° Fredes; 37 A° Malo; 38 Túmulo A del Arroyo Sarandí; 39 Las Conchas; 40 Río Matanzas B; 41 Punta Lara; 42 Palo Blanco; 43 La Maza I; 44 La Norma; 45 Lag. de Lobos; 46 Punta Piedras; 47-48 La Guillerma 1 y 5; 49 Puerto Aborigen; 50 Divisadero Monte 6; 51 La Loma; 52 El Canal; 53 Canal Guido al mar; 54 Paradero-Cementerio de Brazo Largo; 55 Túmulo I del Brazo Largo; 56 Isla del Vizcaíno; 57 Río Negro; 58 Puerto Landa; 59 Punta Negra; 60 Yaguareté; 61 Bopiciá; 62 Ensenada del Bellaco; 63 Paso de la Guardia; 64 Mendisicó; 65 Isla de Juanicó; 66 Isla Rica; 67 Islas Román; 68 El Valentín; 69 Paso Paysandú; 70 Isla de Arriba; 71 Isla del Medio; 72 Isla de los Lobos; 73 Boca del Arapey y 74 Boca del Macoretá.

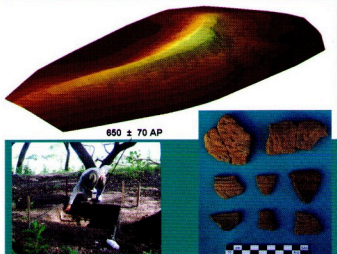
Figura 6.3
 Urna de cerámica con decoración policroma del Cerro de las Pajas Blancas, ubicado en las islas santafecinas frente a Diamante (MCNAP). Actualmente está expuesta en el Museo "Prof. Antonio Serrano" de Paraná.

Figura 6.4
 Investigaciones en el Cerro de las Pajas Blancas Arriba: Relevamiento tridimensional del extenso albardón donde se emplaza el sitio. Abajo: Sondeos, dataciones radiocarbónicas y materiales cerámicos analizados.

Figura 6.5
 Urna con tapa hallada en la isla Rica del río Uruguay (departamento Uruguay, MCNAP).

de escasos tiestos corrugados o unguiculados en lugares donde son importantes los apéndices zoomorfos, como por ejemplo en el Cerro Grande del Paraná Pavón y Las Mulass I en Entre Ríos o los sitios del río Malabrigo en Santa Fe, puede atribuirse al intercambio con los guaraníes. Esto mostraría que la penetración prehispánica de los guaraníes fue muy baja en algunos sectores ocupados previamente por otros grupos (chaná-timbó o antecesores cercanos). En el Paraná Medio y el Delta Superior no hay claras evidencias arqueológicas del establecimiento generalizado de poblaciones guaraníes. No habrían desplazado ni absorbido a los grupos locales, sino que sus ocupaciones se habrían limitado a lugares de tránsito y enclaves aislados. Entre estos, podría encontrarse el Cerro de las Pajas Blancas, donde además de alfarería corrugada y un enterrío en una urna policroma se hallaron varios apéndices zoomorfos en baja proporción (menos del uno por ciento).

Otras evidencias de la circulación de objetos y quizás también de personas de origen



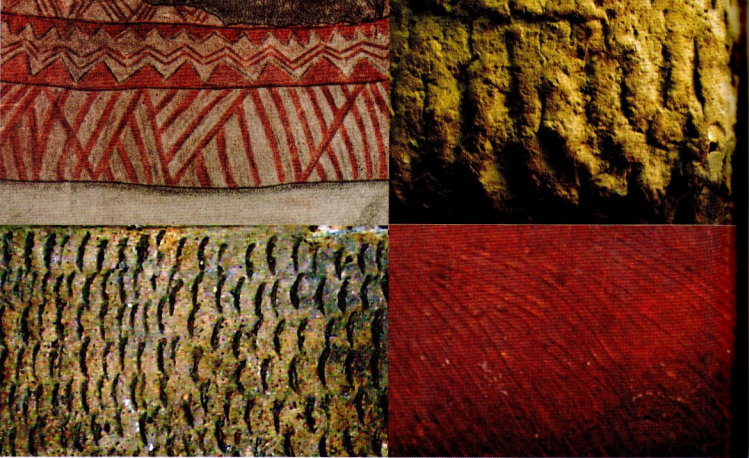


Figura 6.6

Distintos tratamientos aplicados a las paredes de las vasijas del Delta del Paraná. Arriba: Pintura policroma|Corrugado. Abajo: Unguiculado|Cepillado o escobado.

guaraní se ve más al sur en la cerámica corrugada y unguiculada descartada en sitios de la Depresión del río Salado en la provincia de Buenos Aires. Al igual que en el Paraná Medio y el Delta Superior, los recipientes corrugados y unguiculados, quizás con alguna bebida o alimento almacenado en su interior, son los que más distancia han viajado. Han alcanzado el límite exterior del Río de la Plata con el mar, en el sur de la bahía de Samborombón. Asimismo, la interacción seguramente incluyó situaciones de contacto y difusión de ideas que se reflejan en la imitación de objetos y conductas. Un ejemplo de ello sería la manufactura de vasijas que tuvieran la misma función, forma parecida pero distinta decoración como sucede quizás con la urna que contenía huesos de niño hallada por Serrano en el sitio arqueológico Las Tejas en las islas de Santa Fe.

Los fechados radiocarbónicos disponibles

para la ocupación meridional guaraní son recientes. Abarcan desde el período comprendido entre los años 1291-1391 en el sitio Arroyo Fredes del Delta del Paraná hasta los años 1457-1619 en la isla Martín García. En el 2006 retomamos las investigaciones en el Cerro de las Pajas Blancas² (Fig. 6.4). Allí recuperamos tientos corrugados, pintados de color rojo, negro o blanco y obtuvimos dataciones radiocarbónicas que señalan que el sitio probablemente fue ocupado entre los años 1302-1365 de nuestra era. La ocupación guaraní fue contemporánea con la conquista europea en la región, hecho también evidenciado por las cuentas de collar venecianas y objetos de latón depositados adentro de algunas urnas. En este sentido en el sitio de Arroyo Malo, considerado una aldea guaraní con cementerio, identificamos una cuenta Nueva Cádiz de vidrio retorcido que pertenece a la primera mitad del siglo XVI.

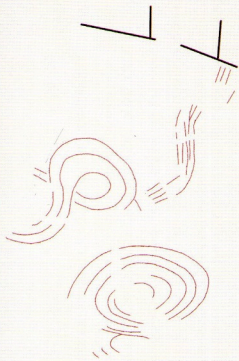


Figura 6.7

Fragmento de cerámica policroma con líneas curvas rojizas sobre fondo crema (Túmulo de Campana, col. E. Zeballos y P. Pico, MLP). Véase a la derecha el esquema del motivo en forma de ocho.

Costumbres y cultura material

Los guaraníes introducen en la región una nueva práctica mortuoria: los entierros en urna. Acostumbraban utilizar las mismas vasijas que usaban en la vida cotidiana para inhumar a los muertos en las inmediaciones de los espacios habitacionales. Los esqueletos de uno a tres individuos, ya sean adultos o niños, eran depositados en el interior de las urnas. Se colocaban en posición fetal o bien huesos ya desarticulados luego de haber sido cuidadosamente preparados y pintados de rojo. A veces la abertura superior o boca de las urnas era ampliada quebrándolas debajo de todo el borde y otras era cubierta con otra vasija más pequeña que hacía de tapa ^(fig. 6-5). Incluían en su interior ajuares con pequeñas vasijas con comida, pertenencias del difunto como herramientas y adornos de hueso, piedra o cobre y tembetás en forma de T. Las vasijas empleadas como urnas eran grandes

con bases cónicas en la porción inferior. En el Delta sus dimensiones podían superar los 65 centímetros de alto y los 45 centímetros de diámetro de la boca. Eran lisas, corrugadas o pintadas. Se pintaba más que nada la parte de arriba para que se viera cuando estaban enterradas hasta el cuello. A su vez Jorge Rodríguez ha descubierto en el basural de una aldea guaraní del río Uruguay huesos humanos fracturados mezclados con otros restos de alimentación, lo cual sugería la práctica de algún tipo de canibalismo ritual.

Fabricaron ollas para cocinar (o *yapepós*), tinajas (o *cambuchi*), jarros, vasos, fuentes, platos, torteros y pipas de cerámica. Las vasijas no tenían asas y eran manufacturadas mediante la superposición de rollos de arcilla, alisando sus paredes y decorándolas con pintura o mediante desplazamientos de pasta en estado fresco. Entre estos últimos encontramos piezas cuyas paredes externas fueron



Figura 6.8
 Hachas de piedra pulida (MLP). A la izquierda: Hacha etnográfica de Misiones. A la derecha: Dos hojas de hacha arqueológicas procedentes del Arroyo Fredes y del Delta del Paraná.

cepilladas (incisiones suaves con instrumentos de múltiples puntas), unguiculadas (marcas semilunares de la impresión de las uñas) y sobre todo corrugadas (pellizcando repetidamente la unión de los rollos) (fig. 6.6). El corrugado podía afectar la totalidad de la pared externa de las vasijas o su franja superior. Estas impresiones con los dedos dejaban filas continuas, creando una superficie irregular. Por su parte, la pintura muchas veces era aplicada en forma de baño sobre toda la pieza y se marcaban con líneas o franjas las inflexiones donde cambia el perfil de la vasija. Con líneas rectas, en ángulo y curvas se configuraban motivos abstractos (fig. 6.7). La coloración más usada es la roja y en menor medida la negra aplicada sobre un fondo con tonalidad blanco crema.

El corrugado y el unguiculado son los tratamientos más característicos de los asentamientos asociados a los guaraníes. En algunos sitios incluso observamos signos directos de la participación de los niños en el proceso de aprendizaje de estas técnicas, como por ejemplo en el unguiculado con huellas curvas de pequeñas uñas en una pequeña vasija hallada en Arroyo Malo. Ambos tratamientos están representados en elevadas proporciones por centenares de fragmentos cerámicos. Sin embargo no son exclusivos de los guaraníes. Como vimos más arriba, los recipientes con estos tratamientos han circulado como bienes de intercambio entre las áreas domésticas de los vecinos de los guaraníes. No solo eso, sino que también aparecen en bajo número tempranamente en el Noroeste argentino y el norte de Chile, y también en el Chaco. Por estas razones se piensa que podría ser previo a la consolidación de la cultura guaraní.

Ahora pasemos a otro elemento característico de los sitios guaraníes como es el caso de las hachas pulidas. Sus hojas de piedra eran intensamente pulidas hasta lograr contornos regulares con formas trapezoidales y rectangulares (fig. 6.8). Eran unidas al mango de madera en el extremo opuesto al filo, tal como lo muestran la ausencia de pulido o la presencia de picado y lascados profundos para facilitar el empuje. Algunas también tenían un surco que formaba una cintura o garganta para atarlas mejor al cabo. La manufactura de hachas de piedra ha sido documentada entre los guaraníes Héta del Brasil contactados a mediados del siglo XX en el estado brasileño de Paraná. Para confeccionar las hojas de las hachas los Héta demoraban entre tres y cinco días. Primero, seleccionaban rodados con formas alargadas que empezaban a golpear con un percutor de piedra hasta darle el tamaño buscado. Luego, los pulían con sedimentos y agua, dejando rugosa solo la parte que más tarde adosaban de manera firme a un mango de madera dura y verde. Un rápido paneo sobre la etnografía del este de Sudamérica muestra que las hachas eran armas que se utilizaban a la vez para derribar árboles (aunque demanda mucho trabajo con los filos de piedra), desmalezar, cavar y plantar cultivos. La escasez de hachas en los sitios arqueológicos entrerrianos está mostrando que la tala de árboles para limpiar los campos de cultivo con estas herramientas no parece haber sido una actividad muy importante.

El tembetá era un adorno masculino que los guaraníes se colocaban en el labio inferior a partir de la pubertad. Si bien aparecen en sitios no-guaraníes y otros grupos como

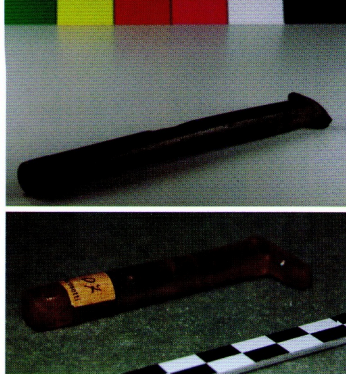


Figura 6.9

Tembetás con forma de T elaborados en resina vegetal. Arriba: Tembetá del sitio arqueológico Brazo Largo [col. Torres, Gaggero y Fernández, MLP]. Abajo: Tembetá hallado en un cementerio guaraní del Alto Paraná [col. Ambrosetti, ME].

los minuanes y los timbú también tenían adornos labiales, no está del todo claro cuan parecidos eran estos ornamentos entre sí. Se han recuperado piezas confeccionadas en cuarzo, hueso, valva y resina. Entre los guaraníes el uso del tembetá era empleado para reconocer a los miembros de su propia etnia y a los grupos aliados y para diferenciarse de los enemigos. Quizás esta sea una de las causas que explique las fuertes semejanzas³ que poseen los tembetá del Delta del Paraná con los depositados en el interior de vasijas en cementerios guaraníes del Alto Paraná en Misiones (fig. 6.9). En este sentido, es interesante el ejemplar hallado en el Brazo Largo del Paraná. Es cilíndrico con terminación en forma de T para mantenerlo fijo dentro del orificio labial. El mismo fue manufacturado con resina homogénea (sin impurezas) de coloración rojiza clara que habría sido vertida en estado líquido en un molde y a continuación finalmente pulida. Esta era una de las materias primas más comunes, sobre todo la resina

de tembetarý que está presente en la flora entrerriana del Paraná. Otros fragmentos cilíndricos hechos con resina han sido recuperados en Las Mulás I.

Los manchones de *terras pretas* identificados en algunos sitios del litoral son remanentes de suelos de gran espesor con un rico contenido de materia orgánica y, normalmente, con materiales arqueológicos en su matriz. Son el producto de la descomposición de gran cantidad de desperdicios orgánicos generados por la ocupación continua y prolongada en aldeas de considerable tamaño. Las aldeas eran quizás como las malocas que se sitúan hoy en los ríos del Amazonas, esto es grandes casas comunitarias alrededor de amplios espacios públicos o plazas donde vivían varias familias emparentadas. Volviendo a las *terras pretas*, estos suelos muchas veces contrastan notablemente con los sedimentos generalmente pobres en nutrientes que se ubican fuera de las áreas de vivienda y que no han sido afectados por la instalación de un asentamiento. Lo cual revela que la actividad humana durante siglos no solo altera el ambiente, sino que puede intervenir en procesos generalmente vinculados al ámbito natural, en este caso en la formación de suelos de origen antrópico.

La subsistencia

A partir de distintas evidencias arqueológicas se puede conocer cómo era la alimentación guaraní. Los huesos de animales descartados en los sitios arqueológicos señalan una subsistencia diversificada con un importante número de recursos acuáticos que se complementaban. Con puntas de hueso pulido y con puntas de flecha y bolas de piedra ca-

zaban cérvidos, nutria, carpincho, roedores pequeños y aves. Seguramente también usaban trampas, aunque no se han preservado. Recolectaban moluscos de agua dulce, frutos de palmas y otros vegetales que eran partidos o molidos en morteros, molinos y yunques elaborados con rocas duras. Pescaban con anzuelos y redes, cuyos negativos han quedado impresos en la superficie externa de algunos tiestos. Por ejemplo, en el sitio Arroyo Malo (colección P. Gaggero 1925, MLP) se observa un tiesto con la impronta de una malla con abertura cuadrangular y no uniforme, generada por el tejido de una red hecha con cuerdas flexibles. Asimismo, se ha planteado que la dieta de los guaraníes incluía la horticultura tropical en base a la información etnográfica. Loponte y Acosta a su vez, han interpretado los análisis de isótopos estables de esqueletos humanos como posibles evidencias de individuos que consumían maíz.

El tema de la agricultura merece un tratamiento aparte. Durante mucho tiempo se ha propuesto que el arribo de los vegetales domesticados coincidía con el asentamiento de horticultores guaraníes en esta zona meridional. Desde esta perspectiva los guaraníes fueron vistos como representantes del “neolítico” que llevaban el sedentarismo y los cultivos a lugares adonde antes no se los conocía. A partir de ello se sugería que los cazadores-recolectores que ocupaban previamente el área habrían adoptado la agricultura luego del contacto con los guaraníes, lo cual traía implícita la “superioridad” de esta práctica de subsistencia. Esta adopción pudo haber sucedido así, sin embargo no ha sido demostrada, ya que no se puede asumir que los cazadores-recolectores vayan a incorporar automáti-

camente la agricultura de sus vecinos. Sobre todo teniendo en cuenta que en el mundo existen numerosas referencias sobre cazadores-recolectores que convivieron por milenios rodeados por productores de alimentos y no adoptaron la agricultura.

Para demostrar qué grupos eran agricultores y cuáles obtenían las plantas domesticadas a cambio de otros bienes sería necesario detectar las herramientas empleadas (hachas o palos cavadores⁴) y los campos de cultivo arqueológicos. Si bien dichos campos son difíciles de identificar, dado que son espacios en los que se descartan pocos objetos, las primeras crónicas mencionan que la agricultura era practicada en sectores insulares. Allí podrían haberse aprovechado los albardones paralelos a los cursos, donde se podían plantar los cultivos entremezclados con la vegetación silvestre y sin la necesidad de riego ni abono artificial. Los albardones conservan la humedad de los suelos y son naturalmente fertilizados con la materia orgánica depositada en las inundaciones (que a su vez barren con las malezas). Aun cuando existe cierto riesgo de pérdida de los cultivos por el régimen irregular de las crecidas, la plantación en albardones se sigue utilizando en la actualidad en las islas fluviales del Amazonas. Otra posibilidad es el cultivo sobre montículos especialmente contruidos⁵ o bien utilizar antiguos asentamientos, aprovechando los nutrientes generados por la descomposición de los residuos domésticos.

Nuestros estudios de almidones en sitios del Paraná muestran que las plantas cultivadas no se restringen a los guaraníes. Hemos detectado en sitios guaraníes y no guaraníes la presencia de almidones de maíz y porotos,

cultivos que posiblemente se sembraban juntos o alternados en los mismos terrenos. El maíz fue el cultivo de mayor dispersión en la América precolombina desde hace 6.000 años atrás. Brindaba la posibilidad de almacenarlo como alimento excedente y de fermentar bebidas similares a la chicha del mundo andino. Los estudios de almidones confirman los datos etnográficos para los tiempos de la conquista hispánica que indican que, además de los guaraníes, los grupos chaná-timbú y afines (chaná, caracarais, timbú y mbeguá) tenían, y muchos de ellos sembraban, vegetales domesticados como maíz, calabaza, porotos y quizás algodón para la ropa. De esta manera, los resultados obtenidos nos muestran que este sector marca el límite meridional de los cultivos de las Tierras Bajas sudamericanas ya que, antes de la llegada de los europeos, más al sur del Delta del Paraná no se practicaba la agricultura.

¹ Los chiriguano estaban organizados en confederaciones guerreras que mostraron una fuerte resistencia a la expansión del imperio incaico primero y a los españoles después.

² Los últimos trabajos de campo registrados en el sitio se habían realizado en el año 1969, de los cuales solo tenemos algunos datos por un informe inédito titulado *Excursión al Cerro Pajas Blancas - Diamante (Entre Ríos)*. Enero 1969.

³ Estos tembetás de resina también fueron observados por el jesuita Antonio Ruiz Montoya en el Paraguay en el siglo XVII y entre los guaraníes hetá de Brasil a mediados del siglo XX.

⁴ Simples palos largos con un extremo aguzado y a veces endurecido con fuego que son utilizados para plantar las semillas.

⁵ Por ejemplo los grupos indígenas denominados en los albores de la conquista como mataráes y xarayes (arawak) del Gran Chaco construyen montículos de tierra para plantar en zonas inundables.

LOS PRIMEROS CONTACTOS INDÍGENAS CON LOS EUROPEOS

Luego de los viajes de Juan Díaz de Solís y Fernando de Magallanes, el Rey Carlos V envía un nuevo Piloto Mayor hacia las islas de las Especies del Pacífico. Después de atravesar el Atlántico, el veneciano Sebastián Caboto cambia el rumbo de sus navíos hacia el Río de la Plata. El motivo del desvío hacia la zona donde los nativos habían matado a Solís en 1516 eran las noticias que había escuchado en la costa del Brasil. En tal ocasión le hablaban sobre los tesoros de oro y plata que existían hacia al interior del continente, a los que se accedía subiendo el Paraná. Esta información parece estar basada en el supuesto botín que había conseguido el naufrago Aleixo García en su incursión a pie hacia la sierra del Rey Blanco. A partir de la expedición fallida de Caboto, el Paraná se transforma para los españoles en la ruta oriental hacia los Andes y sus riquezas metalíferas ^(fig. 7-2). Posteriormente, el interés de la corona por asegurar el dominio territorial y colonizar esta región marginal del imperio promueve la empresa de Pedro de Mendoza. Con la llegada en 1536 de las naves con más de dos mil quinientos hombres y mujeres de la flota del Primer Adelantado comienza el arraigo europeo en el Plata.

Para los tiempos de la conquista hispánica y la colonia se mencionan diversas poblacio-



Figura 7.1

Mapa del Río de la Plata del cartógrafo holandés Willem Janszoon Blaeu (1616).

nes indígenas habitando las tierras que hoy ocupa la provincia de Entre Ríos y sus alrededores. El mapa cultural construido con datos de primera mano aportados por los testigos presenciales muestra a sociedades con economías diferentes y variable grado de amistad/enemistad con los españoles. Los primeros testigos oculares describen un entramado multiétnico con numerosos indígenas agrupados con distintos nombres o gentilicios: chaná-timbú, corondá, quiloazas, caracarais, chaná, mbeguá, chaná-mbeguá, timbú, mo-coretás, guaraníes, charrúas, querandí, entre otros. Es necesario aclarar que parte de los

gentilicios corresponderían en realidad a subgrupos dentro de una misma etnia, ya que en varias fuentes se dice que algunos grupos tienen costumbres similares y hablan la misma lengua (p. ej. timbú, quiloazas y corondá). Lamentablemente, la mayoría de estas poblaciones desaparecieron precipitadamente por el accionar de arcabuces y ballestas, el esclavismo y la falta de inmunidad contra los virus y bacterias que arribaron desde Europa. En el presente solo el estudio de viejos documentos y la arqueología pueden ayudarnos a comprender sus tradiciones y rescatarlas para nuestra memoria.

Las sociedades indígenas que encontraron los españoles en el siglo XVI

Los escritos del siglo XVI señalan que a ambos márgenes del Río de la Plata vivían los querandíes y los charrúas, que eran cazadores, recolectores y pescadores nómades. Habitaban toldos hechos con pieles, usaban boleadoras o arco y flecha para cazar venados, ñandúes y nutrias y recolectaban raíces. Se vestían con cueros pintados y ropa de algodón que obtendrían de sus vecinos, con quienes los querandíes intercambiaban canastos, cueros, mantas y camélidos. Los querandíes se trasladaban según la época del año desde las llanuras del río Salado en Buenos Aires hasta el norte del río Carcarañá en Santa Fe y hacia el oeste hasta las Sierras de Córdoba. Durante el verano se acercaban al Paraná donde pescaban con redes. El pescado lo conservaban seco y ahumado, lo molían en morteros para hacer harina y usaban su grasa para cocinar y quizás como combustible para lámparas.

Los asentamientos españoles se situaron preferentemente en las costas de los grandes ríos, por lo que se conoce muy poco de lo que sucedía en las llanuras interiores de Entre Ríos en las fases iniciales de la conquista. En las llanuras interiores de la provincia, se observan en la época colonial grupos minuanes (o guenoas) y charrúas. En aquel lugar cazaban animales con lazos, arco y flecha, hondas y boleadoras. Si bien los límites de los territorios charrúas y minuanes a ambas bandas del río Uruguay son todavía confusos, algunos autores creen que los primeros recién habrían cruzado este curso a mediados del siglo XVII, atraídos por el ganado cimarrón que comenzaba a reproducirse en los campos abiertos de Entre Ríos. Entre las costumbres de los

charrúas y sus posteriores aliados minuanes que más atrajeron la atención de los ibéricos se encuentra la de cortarse una articulación de los dedos cuando moría algún pariente en señal de duelo.

En las islas del Paraná Inferior y Medio y en el curso Inferior del Uruguay vivían pequeños grupos ribereños que genéricamente se los puede denominar chaná-timbú (Incluyen a los chaná, chaná-mbeguá, mbeguá, timbú, corondá y quiloazas). Los chaná-timbú explotaban sistemáticamente los recursos de los ríos que navegaban, adonde capturaban las presas con lanzas, flechas emplumadas, propulsores y redes de pesca. De los pescados extraían su grasa y los almacenaban para los tiempos de escasez. Posiblemente para conservar los ahumaran utilizando uno de los principales inventos indígenas de las Tierras Bajas sudamericanas: la parrilla ^[19: 7-2]. Curtían abundantes pieles de nutrias y de cérvidos con las que confeccionaban sus atuendos. Para algunos subgrupos como los corondá se describe el empleo de las fibras duras y resistentes del algodón, planta que no está claro si la cultivaban o les llegaba en forma de ropa terminada. Sembraban calabazas, porotos y maíz y recogían miel y vainas con semillas de algarrobo las cuales podrían comer crudas, hacer harina para panes o aloja (bebida dulce fermentada del Chaco). En cuanto a los arreglos personales, se perforaban las narices para colocarse plumas, se tatuaban el cuerpo y solían ponerse grandes botones circulares de madera, cerámica, metal o piedra para disuadir el lóbulu de las orejas ^[19: 7-3].

De las viviendas no sabemos mucho. El historiador de la corona española Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdez menciona cho-

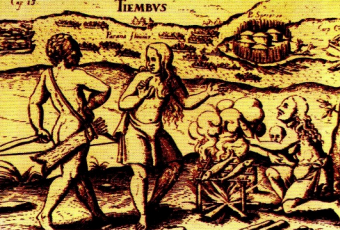


Figura 7.2

Los timbú utilizando una parrilla de palos. Ilustración aparecida en la segunda edición en latín de la obra de Ulrico Schmidl (o Schmidel).



Figura 7.3

Orejera circular con depresión en la parte que se ve, recuperada en las islas de Victoria (Museo de la Ciudad "Carlos Amador" de Victoria).

Nota: la práctica de perforar y distender el lóbulo de las orejas con botones circulares es característica de los indígenas del Chaco (entre los hombres toba, por ejemplo).

zas de esteras con compartimentos interiores (entre los timbú), mientras que el padre Joseph Sánchez Labrador dice que tenían armazón de palos, paja tejida y forma abovedada (entre los chaná). En este sentido, son interesantes los dibujos de la obra del alemán Ulrico Schmidl, quien pasó casi dos décadas en la región (1536-1554). Las ilustraciones se publicaron veinte años después que falleció Schmidl, pero se cree que algunas formaban parte del manuscrito original. En la figura 7.4 se reproduce un poblado timbú con varias viviendas rodeando un espacio abierto. Su perímetro se muestra fortificado con una doble palizada, que consistía en líneas de palos verticales clavados en la tierra a distancias regulares. No obstante, en las referencias a los timbú que hace en el texto el autor alemán no habla de estas obras defensivas. Donde sí aparecen es en las descripciones de las

aldeas guaraníes del Paraguay con más de una línea de palizadas, trincheras y fosos. Por lo tanto, queda abierta la posibilidad de que dicha representación gráfica de los poblados timbú esté en realidad influenciada por la de los guaraníes.

Por las crónicas, diarios, cartas, relaciones e informes más antiguos sabemos de dos sectores insulares con guaraníes en el territorio entrerriano y áreas adyacentes. El primero, era la zona isleña frecuentada por los moradores del fuerte de Sancti Spiritus (1527-1529), ubicada frente a la desembocadura del río Carcarañá. El segundo sector constituía el límite meridional de la expansión de la familia lingüística tupi-guaraní por Sudamérica. Las fuentes refieren a los guaraníes de las las (llamados chandules) entre el Paraná Guazú y el Paraná de las Palmas hasta el río Uruguay, aunque incursionaban con sus piraguas hasta el río Santa Lucía en Uruguay². Para las islas del Paraná, en la época de la segunda fundación de Buenos Aires por Juan de Garay en 1582, se mencionan doce jefes guaraníes (tubichá) que posiblemente encabezaran doce aldeas establecidas en la zona. Según el padre jesuita Pedro Lozano, estos jefes eran parte

de una nobleza con autoridad hereditaria.

Los primeros datos históricos nos informan aspectos diversos de los guaraníes del Paraná. Expresan que eran más bajos y menos robustos que los corpulentos chaná-timbú y querandíes. Residían en aldeas permanentes, en cuyas inmediaciones labraban con hachas la tierra para sembrar importantes volúmenes de maíz, calabazas y porotos. Tenían grandes cantidades de pescado que secaban al sol. Poseían planchas y orejeras de plata y oro, metales que no estaban disponibles en el entorno regional. Como se expuso en el capítulo anterior, los documentos manifiestan que los guaraníes estaban continuamente en guerra con los grupos locales y que consumían carne humana o antropofagia³. Se mencionan ataques de los guaraníes a los timbú que tomaban como esclavos. A la vez existían cautivos guaraníes entre los coroná o bien españoles entre los mbeguá, que eran utilizados como bienes de intercambio.

El idioma guaraní, que hoy habla cerca del noventa por ciento de los habitantes del Paraguay, ya funcionaba como lengua franca en momentos previos a la conquista. Era conocido por otras etnias que la usaban como segunda lengua para moverse dentro de redes multiétnicas de comercio. Debido a ello los guaraníes se transformaron en seguida en intérpretes y aliados de los enviados por el rey de Castilla quienes emplearon a los hombres como lenguaraces y baquianos y luego se juntaron con sus mujeres. Posteriormente, el lenguaje guaraní fue adoptado por los jesuitas, franciscanos, dominicos y mercedarios para la literatura religiosa de las reducciones. Por estas razones es que la mayoría de los nombres indígenas y topónimos⁴ que llega-



Figura 7.4

Lámina denominada "Traición de los timbú y asalto a Corpus Christi" en la obra de Schmid.

ron hasta nosotros son de origen guaraní. Ejemplo de ello son los nombres de los ríos más importantes como Paraná (pariente del mar), Paraguay (río de los payaguá o de las coronas de palma), Uruguay o Uruay (río de los caracoles o de los pájaros urú), Ibicuy (arenal) y Gualeguaychú (aguas tranquilas).

Interacción e intercambios entre las poblaciones indígenas y los europeos

La presencia de metales exóticos y posiblemente de llamas (camélido doméstico de origen andino) entre distintos grupos indígenas del Paraná (p. ej. guaraní, caracarás y timbú) indican interrelaciones con regiones ubicadas más al oeste y al norte. Las rutas fluviales y terrestres por las que los indígenas guiaron a las primeras expediciones europeas nos permiten dilucidar los vínculos extrarregionales preexistentes a la llegada de los españoles. En primer lugar, el Paraná y su principal afluente, el Paraguay, era un corredor de intensa circulación que articulaba a diferentes poblaciones indígenas, primero, y europeas, después. Pero esta ruta prehispánica que conducía por el Chaco hacia los metales preciosos del Alto Perú, no fue la única conocida. Una segunda ruta de entrada era el río Carcarañá rumbo a las tierras de los comechingones en Córdoba. Este camino, que era utilizado por los querandíes, lo siguió el capitán Francisco Cesar en



Figura 7.4
Cuentas de collar venecianas del siglo XVI, procedentes de Puerto Gaboto (MHPP; foto Fabián Letieri).

1528 y dio lugar a la leyenda de la fabulosa Ciudad de los Cesares que rebosaba de riquezas de oro, plata y piedras preciosas. La tercera ruta era la del río Salado hacia los pueblos agricultores y pastores de llama de Santiago del Estero y el Noroeste argentino⁵.

La vía de ingreso al continente por el río Carcarañá fue confirmada por Francisco del Puerto, único sobreviviente de la emboscada y ceremonia antropofágica que acabó con la vida de Solís. Este joven grumete permaneció prisionero entre los nativos por una década hasta su encuentro con Caboto en el Plata en 1527. Del Puerto sostuvo que a las riquezas de oro y plata se accedía remontando dicho río. Es precisamente en su desembocadura con el río Coronda donde Caboto funda el primer asiento español dentro de territorio argentino: el fuerte de Sancti Spiritus, actual Puerto Gaboto en Santa Fe. Los trabajos arqueológicos realizadas por el equipo de Gabriel Cocco, Fabián Letieri y Guillermo Frittegotto han logrado localizar los vestigios del fuerte. Hallaron restos de las paredes de tapia derrumbadas y una capa de carbón producto de su incendio, junto a miles de objetos de origen europeo, a saber mayólica, loza vidriada, cuentas de vidrio tipo Nueva Cádiz y Chevrón, dados de hueso, clavos de hierro y mercurio líquido traído para extraer oro. En la misma matriz sedimentaria recuperaron una punta de proyectil de piedra y cerámica correspondiente a distintas tradiciones de los indígenas que servían en la fortaleza o con los que trataban.

Los objetos traídos del Viejo Mundo, como cuentas venecianas de vidrio (Fig. 7.5), piezas de latón y hierro, telas y ropa, prontamente fueron incluidos dentro de los circuitos de intercambio a larga distancia que tenían los indígenas. Los españoles encontraban ventajoso hacerles estos regalos a los jefes indígenas. A cambio los invitados foráneos recibían durante días grandes cantidades de comida (maíz y pescado) que precisaban para su sostén. Esto último sugiere que algunos de los líderes indígenas anfitriones controlaban parte de los recursos producidos por la comunidad y que tenían la capacidad para acopiar mucho alimento. Si bien existirían liderazgos laxos y con frágil estabilidad, otros eran más marcados con jefes prestigiosos conocidos a lo largo de cientos de kilómetros y que poseían cierto dominio sobre los territorios de pesca y caza. La antropología nos demuestra que intercambiar y compartir la comida es generalmente empleado como una herramienta política para establecer nuevas alianzas, mientras que la posesión de bienes exóticos es un elemento clave en la construcción de relaciones de poder asimétricas y jerarquías en el seno de sociedades pequeñas.

Paralelamente, la aparición de los invasores promovió el armado de alianzas políticas intermitentes entre distintas parcialidades indígenas y el surgimiento de líderes para la guerra. Desde los inicios de la conquista hasta la colonia, los indígenas formaron coaliciones que trascendían los límites étnicos con el fin de asediar los asentamientos españoles. Eran dirigidas por jefes capaces de reclutar, por ejemplo, a los guerreros querandíes, charrúas, chaná-timbú y guaraníes que incendiaron la fortaleza de Corpus

Christi (1536-1539) en la laguna de los Timbúes (presuntamente la laguna Coronda). Avanzando en el tiempo al período colonial, ya con la incorporación del caballo por los indígenas, se observa que esta estrategia de combate siguió siendo utilizada. En un manuscrito inédito de mediados del siglo XVIII, Juan de la Cerda escribe sobre los indígenas "...aunque son enemigos entre sí, conspiran unánimes y mancomunan en la guerra contra los españoles...". Allí, de la Cerda narra ataques organizados con largas lanzas de caña tacuara por parte de los charrúas, guenoas, bohanes y minuanes a las vaquerías aledañas al río Uruguay.

La contrapartida de los ataques y robos de ganado fueron las constantes agresiones y campañas de castigo hacia los indígenas. Como se menciona en la introducción de este libro esto sucedió desde los primeros contactos. Otro amargo ejemplo de ello ocurrió durante la época colonial en los límites políticos de Entre Ríos. Fue la matanza y exterminio de grupos minuanes y charrúas ocurrida en Victoria en 1749 por parte de los hispanocriollos. En el lugar donde aparentemente transcurrió la batalla, en el Cerro La Matanza, efectuamos un pequeño sondeo estratigráfico en el que recuperamos huesos partidos y quemados de fauna autóctona e introducida, alfarería indígena y un tortero hecho sobre un fragmento de loza europea con una perforación central.

Las reducciones

La concentración de los nativos en reducciones fue un método de la corona para colonizar las tierras americanas periféricas y frenar el avance del reino de Portugal. Con la orga-

nización de las misiones la potencia española buscaba además limitar el poder de los encomenderos que controlaban el uso de la mano de obra indígena. El gobernador rioplatense Hernando Arias de Saavedra (Hernandarias) dispone a principios del siglo XVII la fundación de varias reducciones de la orden franciscana para adoctrinar a los indígenas, liberar el tránsito en la arteria fluvial del Paraná y afianzar el domino geográfico español. Las misiones tomaron el modelo de organización del espacio guaraní con habitaciones comunales alrededor de patios abiertos. De ellas se destacan la de San Bartolomé de los Chanás y la de Santiago del Baradero por los estudios arqueológicos que se han llevado a cabo. Otra reducción importante de los siglos XVII y XVIII fue la de grupos chaná denominada Santo Domingo Soriano, que pasó de estar situada en la margen entrerriana del río Uruguay a la banda opuesta. Fue trasladada desde el departamento de Gualaguaychú al lugar donde hoy en día está Villa de Soriano en la República Oriental del Uruguay.

Los rastros arqueológicos de San Bartolomé de los Chaná han sido detectados por Ana María Rocchietti y equipo en el albardón costero de la Boca del Monje, en la confluencia del río Coronda y el arroyo Monje (San Jerónimo, Santa Fe). Hallaron alfarería indígena junto a elementos de ultramar como loza Talavera de la Reina, cuentas venecianas y objetos de metal. La alfarería incluye decoraciones atribuibles a los guaraníes (pintura roja y blanca, corrugada, unguiculada y cepillada) como también apéndices zoomorfos de otras parcialidades que estarían congregadas en la reducción.

Por su parte, Santiago del Baradero fue

fundada en la costa del río Baradero, en el lugar en el que hoy se emplaza la ciudad bonaerense homónima, por el padre Francisco Bolaños para la reducción de grupos chaná, mbeguá y guaraníes de las islas. Los estudios arqueológicos de Alicia Tapia también muestran el uso de nuevas materias primas y objetos europeos por los indígenas. Lo más interesante es que se ha descubierto un cementerio en el cual los indígenas fueron enterrados siguiendo la modalidad occidental, en posición extendida boca arriba, pero acompañados por un ajuar funerario a la usanza indígena. Los ajuares tienen cuentas de collar venecianas e cuentas indígenas sobre valva, cascabeles y adornos de latón (posibles aretes, vincha o diadema). Estos hallazgos evidencian importantes cambios en las creencias de los indígenas que comenzaban a reflejarse en sus prácticas mortuorias y son un claro correlato del solapamiento de cosmovisiones que atravesaba la fibra íntima de las comunidades autóctonas. Finalmente, en 1767 comenzó el brusco deterioro del sistema de reducciones a nivel suprarregional, a partir de la expulsión de los jesuitas luego de 181 años de permanencia en América.

¹ Al igual que lo hacen los pescadores en la actualidad, en las crónicas se describe que los mbeguá vivían en las islas del Paraná, pero que cuando crecía el río y disminuía el espacio habitable se asentaban en tierra firme a salvo de las inundaciones.

² Como vimos en el capítulo precedente, el registro arqueológico muestra que los guaraníes también estuvieron por la costa occidental del Río de la Plata.

³ Para describir esta costumbre ritual de comer la carne de los enemigos se instauró la palabra caníbal, término caribe utilizado por grupos que practicaban la antropofagia en las Antillas. Justamente fue en las islas del mar Caribe donde se observó esta práctica por primera vez en América, en el segundo viaje de Cristóbal Colón en 1493.

⁴ Otros topónimos hacen referencia a los indígenas pero con nombres que se impusieron luego de la conquista europea, como las tejas o los tiestos, los toldos, cerro de los Chanás o brazo Chaná.

⁵ Asimismo, se puede agregar una cuarta ruta terrestre que unía el Paraguay con la costa atlántica del sur de Brasil. Es la que transitó el Segundo Adelantado del Río de la Plata, Alvar Núñez Cabeza de Vaca en 1542, y seguramente es la que antes había recorrido Aleixo García.

EL PASADO PRESENTE

Como hemos visto a lo largo de esta obra, Entre Ríos posee un rico patrimonio arqueológico, sin el cual las páginas de esta historia ampliada al pasado prehispánico no podrían haber sido escritas. Para la protección de ese legado cultural existe una ley provincial (n° 9686), en la que el Museo "Prof. Antonio Serrano" es el organismo encargado de su aplicación. Este patrimonio está integrado por objetos y sitios que se ven en continuo deterioro por el accionar de coleccionistas, cuyas actividades depredatorias son, la mayoría de las veces, el producto de la falta de información. Este accionar dirigido generalmente a juntar las piezas más vistosas impide poder conocer el pasado a partir de las investigaciones específicas que se hacen en arqueología. Así, se forman conjuntos con mezclas de materiales que dicen muy poco sobre cómo vivían los indígenas, ya que perdieron su contexto original para darle significado. Por este motivo, es fundamental reforzar las políticas de difusión pública, gestión participativa y protección del patrimonio arqueológico de la región.

El pasado prehispánico de la provincia no solo está presente en los estudios arqueológicos, las exposiciones en museos, las colecciones privadas o en ciertos topónimos. En las islas del Paraná los puesteros, pescadores y



Figura 8.1

Uso actual de los montículos para evitar el efecto de las inundaciones. A la izquierda: puesto sobre elevación artificial moderna. A la derecha: comedor sobre el sitio 4, de la localidad arqueológica Cerros de Boari (Guaaleguaychú).

nutrieros conviven permanentemente con él. Muchas veces se instalan en cerritos y albarrones que antes tuvieron asentamientos indígenas, es decir, en lugares que como mínimo tienen varios cientos de años de historia. Además se usan los cerros indígenas para salvar el ganado y hacer las huertas en momentos de crecientes, así como para obtener tierras negras ricas en materia orgánica para plantines. La recurrente localización de puestos y ranchadas sobre los sitios arqueológicos, señala que los montículos, muchos de los cuales también han sido sobreelevados por los pobladores actuales (Fig. 8.1), siguen siendo estratégicos para la ocupación humana de este ambiente fluvial. Simultáneamente, muestra que este ambiente es el producto de una larga historia de manejo y sucesión de construcciones humanas que han quedado impresas sobre el paisaje. De este modo, el paisaje moderno no solo es el resultado de procesos naturales, sino también sociales e históricos.

Los indígenas y sus restos arqueológicos son protagonistas en las tradiciones orales, la literatura y las expresiones artísticas contemporáneas. Siguen presentes en las creencias populares y explicaciones alternativas que existen en torno a los cerros y sus cementerios. Aparecen en libros como el de relatos costumbristas escrito por Liborio Jus-

to denominado *Río Abajo*, en el que se describen los cerritos del Paraná, levantados artificialmente por las poblaciones autóctonas. En el conocido *El tempe argentino* de Marcos Sastre se incluye una carta enviada al autor que trata sobre el hallazgo de urnas de cerámica en el Delta. También aparecen los chaná en la pintura de Raúl Domínguez y varios artesanos replican la alfarería con apéndice zoomorfos, trazando una continuidad con el mundo prehispánico y atribuyéndole en el presente nuevos significados simbólicos a su cultura material.

Para finalizar, es necesario remarcar que cientos de descendientes de los pueblos charrúas, guaraníes, mocovíes y chaná viven hoy en la provincia de Entre Ríos. De ellos se destaca el extraordinario caso de los chaná, ya que por dos siglos su voz permaneció silenciada. Recientemente, en el año 2005 el periodista Tirso Fiorotto hizo público el conocimiento de la lengua chaná que el Sr. Blas Jaime de la ciudad de Paraná guardó en secreto por más de cincuenta años. Los estudios del lingüista Pedro Viegas Barros muestran la supervivencia de este idioma de la familia charrúa que se consideraba totalmente extinguido desde hace casi doscientos años. Se creía extinguido desde que el sacerdote Dámaso Larrañaga documentó en

1815 unas setenta palabras en Villa Soriano (Uruguay). Viegas Barros registró alrededor de seiscientas palabras que llegaron hasta a Jaime a través de la línea femenina de su familia. Observó varias semejanzas en el léxico y fonéticas, así como elementos gramaticales compartidos entre la lengua hablada por Jaime y los términos chaná compilados por Larrañaga a principios del siglo XIX.

Los valiosos testimonios de Jaime sobre los chaná también brindan datos de relevancia a la hora de acotar el abanico de interpretaciones sobre los materiales arqueológicos. Nos cuenta por ejemplo que los chaná se instalaban en las islas para defenderse del enemigo y así evitaban enfrentamientos con los guaraníes y los charrúas. Rompían las vasijas cuando abandonaban los campamentos para liberar a los espíritus que las habitaban. A las campanas de cerámica las usaban como ajuar funerario y las decoraban con loros para que dialogaran con los difuntos. Había amplios sistemas de intercambio y existían diferencias jerárquicas dentro de la sociedad chaná. Esta nueva información debe ser socializada e integrada en la reconstrucción del pasado indígena. Cuantos más actores sociales participen y más voces alternativas se sumen construiremos una historia más plural y sin visiones hegemónicas. Solo acercándonos a nuestra propia identidad latinoamericana, lograremos desarticular los discursos heredados de la época colonial y conocer mejor los miles de años que tiene toda la historia de Entre Ríos.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar deseo agradecer a la Fundación de Historia Natural Félix de Azara, específicamente a Adrián Giacchino y José Athor, por haberme dado la posibilidad concretar esta publicación. A Eduardo Berberían por haberme invitado originalmente a escribir este libro. A Gustavo Politis con quien estamos compartiendo las investigaciones arqueológicas en el delta entrerriano del Paraná. A los señores Ernesto Pressel, Víctor Acosta, Roberto Oberti, así como a las autoridades del Museo de La Plata, Museo Etnográfico "Juan Bautista Ambrosetti" de Buenos Aires, Museo de Ciencias Naturales y Antropológicas "Profesor Antonio Serrano" de Paraná, Peabody Museum of Archaeology and Ethnology (Harvard University), Museo Histórico Provincial "Dr. Julio Marc" de Rosario, Museo de Historia Regional de San Lorenzo, Museo de la Ciudad "Carlos Amador" y de la Escuela n° 6 de Victoria que me permitieron fotografiar las piezas de sus colecciones o material de archivo. Distintas personas de una u otra manera han colaborado con esta obra: Irina Capdepont, Rodrigo Angrizani, Camila Gianotti, Juan Carlos Castro, Carola Castiñeira, Adriana Blasi, Alejandro Zucol, Mariana Brea, Milagros Colobig, Esteban Passegui, Luis Capeletti, Juan Nobile, Jorge Carbonari, Roberto Huarte, Juan Carlos Bertolini, Pablo Aceñolaza, Clara Scabuzzo, Carolina Silva, Celeste Fernández, Eduardo Apolinaire,

Lucas Turnes, Violeta Di Prado, Carlos Ceruti, Clark Erickson, Fabricio Villar, Victoria Coll Moritán, Gabriela Ammirati, Alejandra Reynoso, Silvia Manuale, María Delia Arena, Catriel Leon, Alejandra Matarrese, Fabián Letieri, Gabriel Cocco, Guillermo Frittegotto, Agustina Ramos Van Raap, Atilio Francisco Zangrando, Ignacio Noriega, Javier Aceituno, María Lelia Pochettino, Lino y Osvaldo Rodríguez, Héctor Cantoni, Diego Alberto Echazarreta, Daniel y Juan Diederle, Juan Carlos Poledri, Diego Rothar, Miguel Reynoso, Beatriz Maggio, Miguel Albornoz, Carlos Rossi Elgue, Gustavo Jordán y Diego Gobbo.

Las investigaciones que estamos realizando en el Delta Superior se han enmarcado en los proyectos PIP-CONICET 1282 y Wenner-Gren Foundation grant 8149. Además, pudieron ser realizadas gracias a la colaboración de miembros de las siguientes instituciones: Parque Nacional Pre-Delta (Reynaldo Zanello, Pablo Giorgis, Ariel Carmarán, Julián Alonso, Darío y Luis Ruiz Díaz), Municipalidad de Victoria (César Nelson Garcilazo y Fabián Daydé), Museo de Ciencias Naturales y Antropológicas "Prof. Antonio Serrano" (Gisela Bahler) y Puentes del Litoral S.A. (Edgardo Tullio). Fue también fundamental la ayuda durante los trabajos de campo de Ernesto Pressel, Alejandro Sánchez y familia, Enzo Mariani y familia, Pacheco y Lalo.

BIBLIOGRAFÍA

- Aceñolaza, Pablo, Adriana Manzano, Estela Rodríguez, Laura Sanchez, Ana Laura Ronchi, Esteban Gimenez, Danilo Demonte y Zuleica Marchetti. 2008. Biodiversidad de la región superior del Complejo Deltaico del río Paraná. En *Temas de la Biodiversidad del Litoral III*, Aceñolaza, F.G. (e.d.), pp. 16-25. Miscelánea 17, INSUGEO, Tucumán.
- Acosta, Alejandro. 2005. *Zooarqueología de cazadores-recolectores del extremo nororiental de la provincia de Buenos Aires (humedal del río Paraná inferior, Región Pampeana, Argentina)*. Tesis doctoral, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Aldazabal, Verónica y Emilio Eugenio. 2008. La colonización humana en el Holoceno tardío del humedal de la bahía de Samborombón. En *Arqueología del extremo sur del continente americano*, Borrero, L.A. y N.V. Franco (comps.), pp. 55-80. Dunken, Buenos Aires.
- Ambrosetti, Juan B. 1893. Sobre una colección de alfarerías minuanes recogidas en la provincia de Entre Ríos. *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* 14:242-265.
1895. Los Cementerios Prehistóricos del Alto Paraná (Misiones). *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* 16:227-263.

- Angrizani, Rodrigo. 2008. "Tupi or not tupi", that is the question": consideraciones sobre la expansión meridional de los grupos guaraní. *Libro de Resúmenes del V Congreso de Arqueología de la Región Pampeana Argentina*:57. Universidad Nacional de La Pampa, Santa Rosa.
- Aparicio, Francisco de. 1939. El Paraná y sus tributarios. En *Historia de la Nación Argentina I*, Levene, R. (ed.), pp. 419-442. El Ateneo, Buenos Aires.
- Aphalo, Sushila. 1999. *Predecibilidad y abundancia de recursos en el litoral fluvial argentino durante el Holoceno tardío: la llanura aluvial del Paraná Medio-Zona de Islas- Como caso de estudio*. Tesis de Licenciatura en Antropología, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, Rosario.
- Areces, Nidia, Cristina de Bernardi y Griselda Tarrao. 1989-90. Blancos e indios en el corredor fluvial paranaense. *Anuario* 14:341-362.
- Astiz, María Eugenia y Adriana Tomé. 1987. Localización y descripción de Sancti Spiritus (1527-1529). *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 12:203-251.
- Badano, Víctor. 1957. *El arte plástico de los ribereños paranaenses*. Memorias del Museo de Entre Ríos 34, Ministerio de Educación de Entre Ríos, Paraná.
- Balbarrey, Gabriel, Guillermo Lamenza, Mariano Santini, Carlos De Feo, Susana Salceda y Horacio Calandra. 2010. Espacio social y territorialidad de sociedades prehispánicas del Chaco Húmedo argentino. *Folia Histórica del Nordeste* 18:137-150.
- Balick, Michael, J. 1984. Ethnobotany of Palms in the Neotropics. En *Ethnobotany in the Neotropics*, Prance, G. T. y J. A. Kallunki (eds.), pp. 9-23. New York Botanical Garden, New York.
- Baxter, Jane Eva. 2005. *The Archaeology of Childhood. Children, Gender and Material Culture*. Altamira Press, Walnut Creek.
- Bellwood, Peter. 2006. *First Farmers. The Origins of Agricultural Societies*. Blackwell, Oxford.
- Bertolini, Juan Carlos, Gisela Bahler y Ma. Fernanda Zabalegui. 2009. La costa entrerriana del río Paraná. Un compendio de su historia natural. En *Sitios de interés Geológicos de la República Argentina I*, pp. 427-435. Servicio Geológico Minero Argentino, Buenos Aires.
- Bonomo, Mariano, Irina Capdepon y Alejandra Matarrese. 2009. Alcances en el estudio de colecciones. Los materiales arqueológicos del Delta del río Paraná depositados en el Museo de La Plata (Argentina). *Revista de Arqueología Sudamericana* 5:68-101.
- Bonomo, Mariano, Milagros Colobig, Esteban Passeggi, Alejandro Zucol y Mariana Brea. 2010. Multidisciplinary studies at Cerro Tavera Vázquez site, Pre-Delta National Park, Argentina: The archaeological, sedimentological and paleobotanical evidence. *Quaternary International*, en prensa.
- Bonomo, Mariano, Gustavo Politis y Camila Gianotti García. 2011. Montículos, jerarquía social y horticultura en las sociedades indígenas del Delta del Río Paraná (Argentina). *Latin American Antiquity*, en prensa.
- Boivin, Mauricio F., Rosato, Ana y Fernando A. Balbi. 2000. Incidencia del evento de inundación 1982-1983 sobre el asentamiento humano del área de islas de departamento de Victoria, Entre Ríos. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 25:27-40.

- Bourlot, Tirso J. 2008. *Guerreros, máscaras y narices decoradas. Culturas nativas del Litoral entrerriano y la colección arqueológica Manuel Almeida*. Museo Manuel Almeida, Gualeguaychú.
- Brochado, Jose Proenza. 1989. A expansão dos tupi e da cerâmica da tradição policrômica amazônica. *Dédalo* 27:65-82.
- Caggiano, Ma. Amanda. 1977. Contribución a la arqueología del Delta del Paraná. *Obra del Centenario del Museo de La Plata, Antropología II*:301-324.
1984. Prehistoria del noreste Argentino, sus vinculaciones con la República Oriental del Uruguay y sur de Brasil. *Pesquisas, Antropología* 38:1-109.
- Caggiano, María Amanda, Mineiro Scatamachia, María Cristina Jacobus y André Luiz. 2003. La Cerámica Tupiguaraní: ensayo de sistematización. *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina III*:49-69. Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.
- Calandra, Horacio, María Amanda Caggiano y María Beatriz Cremonese. 1979. Dispersión de la técnica corrugada en el ámbito del noroeste argentino. *Sapiens* 3:61-68.
- Cerda, Juan de la. *Carta de Dn. Juan del la Cerda, al Marqués sobre el ganado Bacuno de la América Meridional, con otras particularidades y frecuentes digresiones en varia literatura*. Upenn Ms. Co-dex 1442.
- Ceruti, Carlos. 1984. *Proyecto Investigaciones arqueológicas en el área del Paraná Medio- margen entrerriana. Síntesis de los Avances a Noviembre de 1984*. Agua y Energía Eléctrica, Paraná.
1993. Arqueología. En *Nueva Enciclopedia de la Provincia de Santa Fe IV*, Renna, A. (ed.), pp. 557-580. Sudamérica, Santa Fe.
2003. Entidades culturales presentes en la cuenca del Paraná Medio (margen entrerriana). *Mundo de Antes* 3:111-135.
- Ceruti, Carlos y Ma. Isabel González. 2007. Modos de vida vinculados con ambientes acuáticos del Nordeste y Pampa bonaerense de Argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 32:101-140.
- Cigliano, Eduardo, M., Rodolfo A. Raffino y María A. Caggiano. 1971. Resultados de las investigaciones arqueológicas efectuadas en la zona de Salto Grande (provincia de Entre Ríos). *Revista del Museo de La Plata* 7:79-107.
- Cione, Alberto L. y Eduardo P. Tonni. 1978. Paleoethnozoological Context of a Site of Las Lechiguas Island, Paraná Delta, Argentina. *South American Anthropology* 3(1):76-86.
- Cocco, Gabriel. 2010. Nuevos aportes al estudio de los procesos de formación del registro arqueológico en la provincia de Santa Fe. En *Mamul Mapu: pasado y presente desde la arqueología pampeana II*, Berón, M., L. Luna, M. Bonomo, C. Montalvo, C. Aranda y M. Carrera Aizpitarte (eds.), pp. 47-58. Libros del Espinillo, Ayacucho.
- Codignotto, Jorge O. y Rubén A. Medina. 2005. Morfodinámica del Delta del río Paraná y su vinculación con el cambio climático. XVI *Congreso Geológico Argentino*:651-655. UNLP, La Plata.
- Crewe, Lindy. 1998. *Spindle whorls. A study of form, function and decoration in Bronze Age Cyprus*. Studies in Mediterranean Archaeology and Literature 149, Graphic System, Göteborg.
- Denevan, William. 2001. *Cultivated Landscapes of Native Amazonia and the Andes*. Oxford University Press, Oxford.
- Erasmus, Charles, J. 1965. Monument Buil-

- ding: some field experiments. *Southwestern Journal of Anthropology* 21(4):277-301.
- Fausto, Carlos. 2001. *Inimigos Fiéis. História, guerra e xamanismo na Amazônia*. Edusp, Universidade de São Paulo, São Paulo.
- Fausto, Carlos y Michael Heckenberger (eds.). 2007. *Time and Memory in Indigenous Amazonia. Anthropological Perspectives*. University Press of Florida, Gainesville.
- Feuillet Terzaghi, Ma. Rosario, Diego Casal, Leticia Campagnolo y Gabriel Cocco. 2007. Intervención arqueológica en un sitio con enterratorios múltiples en la localidad de Coronda, Pcia. de Santa Fe. En *Arqueología en las pampas* I, Bayón, C., A. Pupio, M.I. González, N. Flegenheimer y M. Frère (eds.), pp. 95-108. Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.
- Frittegotto, Guillermo, Fabián C. Letieri, Héctor Meletta, Cecilia Arias y María E. Astiz. 2010. Evidencias del primer asentamiento español en la Cuenca del Plata (Sancti Spiritus 1527-1529), Provincia de Santa Fe. En *Arqueología Argentina en el Bicentenario de la Revolución de Mayo*, Bárcena, R. y H. Chiavazza (eds.), pp. 1499-1503. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.
- Gaspary, Fernando. 1950. Investigaciones Arqueológicas y Antropológicas en un Cerrito de la Isla Los Marinos (Pcia. de Entre Ríos). *Publicación del Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore* 23:3-66.
- Gatto, Santiago. 1939. El paradero-cementerio de Brazo Largo (Delta del Paraná). *Physis* 16:365-376.
- González, Alberto Rex. 1947. *Investigaciones arqueológicas en las nacientes del Paraná Pavón*. Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.
- González, Ma. Isabel. 2005. *Arqueología de llaneros, cazadores y pescadores pampeanos*. Colección Tesis Doctorales. Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.
- Greslebin, Héctor. 1931. Las estructuras de los túmulos indígenas prehispánicos del departamento de Gualeguaychú (Prov. de Entre Ríos), RA. *Revista de la Sociedad de Amigos de la Arqueología* 5:5-51.
- Guerín, Miguel A. 2000. La organización inicial del espacio rioplatense. En *Nueva Historia Argentina* II, Tandeter, E. (dir.), pp. 13-54. Sudamericana, Buenos Aires.
- Hilbert, Klaus. 1991. Aspectos de la Arqueología en el Uruguay. *Ava Materialien* 44:1-52 + 135 figuras.
- Hocsman, Salomón. 1999. Aprovisionamiento de materias primas líticas en el Paraná Medio prehispánico. En *En los tres reinos: Prácticas de Recolección En el Cono Sur de América*, Aschero, C., M. Korstanje y P. Vuoto (eds.), pp. 39-49. Magna Publicaciones, FCN e IML, UNT, Tucumán.
- Iriondo, Martín y Daniela Kröhlting. 1996. Los sedimentos eólicos del noreste de la llanura pampeana [Cuaternario Superior]. *Actas del XIII Congreso Geológico Argentino* IV:27-48. Buenos Aires.
2009. *Cambios ambientales en la cuenca del río Uruguay. Desde dos millones de años hasta el Presente*. Universidad Nacional del Litoral, Sta. Fe.
- Kozák, Vladimír, David Baxter, Laila Williamson, y Robert L. Carneiro. 1979. The Héta Indians: fish in a dry pond. *Anthropological papers of the American Museum of Natural History* 55:349-434.

- Lafón, Ciro R. 1972. El replanteo para la arqueología del nordeste argentino. *Antiquitas* 14:1-16.
- Latini, Sergio, H. 2010. Repensando la construcción de la Cuenca del Plata como espacio de frontera. En *Fronteras. Espacios de interacción en las tierras bajas del sur de América*, Lucaioli, C. y L. Nacuzzi (comps.), pp. 69-99. Publicaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.
- Ledesma, Alejandra. 1993. *Asentamiento y subsistencia en el litoral ribereño occidental del río Paraná medio/inferior: un modelo de economías mixtas*. Tesis de Licenciatura, FHya, UNR, Rosario.
- Lista, Ramón. [1878] 1998. Los cementerios y paraderos minuanes de la provincia de Entre Ríos. En *Ramón Lista. Obras 1 (1877-1886)*, Carman, J. (comp.), pp. 35-38. Confluencia, Adolfo Sordeaux.
- Lothrop, Samuel. 1932. Indians of the Paraná Delta, Argentina. *Annals of the New York Academy of Science* 32:77-232.
- Loponte, Daniel. 2008. *Arqueología del Humedal del Paraná Inferior (Bajíos Ribereños Meridionales)*. Asociación Amigos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, Buenos Aires.
- Loponte, Daniel y Alejandro Acosta. 2008. Estado actual y perspectivas de la arqueología de la "Tradición Tupiguaraní" en Argentina. En *Os ceramistas tupiguaraní* I, Prous, A. y T. Andrade Lima (eds.), pp. 197-215. Sigma, Belo Horizonte, Brasil.
- Meggers, Betty, J. y Clifford Evans. 1958. Archaeological Evidence of Prehistoric migration from the río Napo to the mouth of Amazon. *Migrations in New World Culture History*, Thompson, R.H. (ed.), pp. 9-16. University of Arizona Press, Tucson.
- Meigs, Anna. 1997. Food as a cultural construction. En *The anthropology of food and body: gender, meaning and power*, Counihan, C. (ed.), pp. 95-106. Routledge, London.
- Montes, Aníbal. 2008. *Indígenas y conquistadores de Córdoba*. Ediciones Isquiti, Buenos Aires.
- Mujica, Juan I. 1995. Puntas colas de pescado de la costa occidental del río Uruguay medio, litoral argentino. *Comechingonia* 8:199-207.
- Nóbile, Juan. 2002. Asentamiento y Subsistencia en la llanura aluvial del río Paraná (Sector Bajo Paraná): aproximaciones a un modelo regional, En *Arqueología Uruguaya hacia el fin del milenio 1*, pp.187-193. Gráficos del Sur, Montevideo.
- Noelli, Francisco. 2008. The Tupi Expansion. En *Handbook of South American Archaeology*, Silvermann, H. y W. Isbell (eds.), pp. 659-670. Springer, New York.
- Orquera, Luís A. 1978. Los habitantes primitivos. En *El Nordeste*, pp. 364-382. El país de los argentinos 66, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- Ottalagano, Flavia V. 2009. *Aproximaciones al simbolismo de los grupos cazadores-recolectores de las Tierras Bajas del Paraná Medio: un abordaje contextual del arte mobiliario cerámico*. Tesis doctoral, FHya, UNR, Rosario.
- Outes, Félix F. 1918. Nuevo jalón septentrional en la dispersión de las representaciones plásticas de la cuenca paranaense y su valor indicador. *Anales de la Sociedad Científica Argentina* 85:53-66.

- Parisi, Florencia S. y Jorge Liotta. 2010. Primera aproximación al consumo de moluscos bivalvos [*Diplodon variabilis* (Maton 1809)] en el sitio Cerro Lutz, planicies inundables del Paraná inferior. En *Mamül Mapu: pasado y presente desde la arqueología pampeana I*, Berón, M., L. Luna, M. Bonomo, C. Montalvo, C. Aranda y M. Carrera Aizpitarte (eds.), pp. 349-357. Libros del Espinillo, Ayacucho.
- Pérez Jimeno, Laura y Natacha Buc. 2010. Tecnología ósea en la cuenca del Paraná. Integrando los conjuntos arqueológicos del tramo medio e inferior. En *Mamül Mapu: pasado y presente desde la arqueología pampeana I*, Berón, M., L. Luna, M. Bonomo, C. Montalvo, C. Aranda y M. Carrera Aizpitarte (eds.), pp. 115-127. Libros del Espinillo, Ayacucho.
- Poenitz, Erich L.W. 1970. Un yacimiento en el centro de Entre Ríos. Su relación con el problema del patrimonio arqueológico charrúa. *Boletín de Arqueología* 1:21-37.
1971. Morfología, relaciones y funcionalidad de las placas grabadas de Salto Grande. *Boletín de Arqueología* 2:27-46.
- Pollitís Gustavo, Mariano Bonomo, Carola Castiñeira y Adriana Blasi. 2011. Multidisciplinary Research in the Delta of the Paraná River: Los Tres Cerros Archaeological Locality (Victoria, Entre Ríos, Argentina). *Quaternary International*, en prensa.
- Pollitís, Gustavo, Pablo Messineo y Cristian Kaufmann. 2004. El poblamiento temprano de las llanuras pampeanas de Argentina y Uruguay. *Complutum* 15:207-224.
- Reina, Rubén E y Kenneth M. Kensing (eds.). 1991. *The Gift of Birds. Featherwork of Native South American Peoples*. University Museum Monographs 75, Penn Museum of Archaeology and Anthropology, Philadelphia.
- Rocchietti, Ana María, Néilda De Grandis, Benito Vicioso, Luis Martínez, Javier García Cano y Mónica Valentini. 1999. San Bartolomé de los Chaná: arqueología histórica. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* 1:489-500. UNLP, La Plata.
- Rodríguez, Amílcar. 1969. Arqueología del Nordeste de Entre Ríos (Río Uruguay Medio). Comisión Municipal de Cultura, Departamento de Antropología y Folklore, Concordia. pp. 3-31.
- Rodríguez, Jorge, A. 1999. Esquemas de Integración Cultural y Síntesis en Arqueología del Nordeste Argentino. En *Homenaje a Alberto Rex González, 50 años de aportes al desarrollo y la consolidación de la Antropología Argentina* (Buenos Aires, 1994), pp. 121-153. Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Buenos Aires.
2001. Nordeste Prehispánico. En *Historia Argentina Prehispánica*, Berberian, E. y A. Nielsen (eds.), pp. 693-736. Brujas, Córdoba.
2004. En busca de la tierra sin mal. El poblamiento de la cuenca del Plata por los guaraníes prehistóricos. *Ciencia Hoy* 14(80):28-33.
2009. La Ocupación (Poblamiento) del Norte de Corrientes (Argentina) por Fases de la Tradición Tupiguaraní. En *Arqueología Interpretativa*. Meggers, B. (org.), pp. 49-62. Universidade do Tocantins, Porto Nacional, Brasil.
- Rodríguez, Jorge A. y Amílcar A. Rodríguez. 1985. *Proyecto Antropológico-Ecológico Salto Grande (Primer Informe)*. Universidad Nacional de Entre Ríos, Concordia.
- Schmidt Dias, Adriana. 2004. Diversificar para poblar: El contexto arqueológico brasileño

en la transición Pleistoceno-Holoceno. *Complutum* 15:249-263.

Serrano, Antonio. 1950. *Los primitivos habitantes de Entre Ríos*. Biblioteca Entrerriana "General Perón", Ministerio de Educación, Provincia de Entre Ríos, Paraná.

1972. *Líneas fundamentales de la arqueología del litoral (Una tentativa de periodización)*. Instituto de Antropología, UNC, Córdoba.

Steward, Julian (ed.). 1944-49 *Handbook of South American Indians*. Bulletin 143, Bureau of American Ethnology, Washington D.C.

Tapia, Alicia, H. 1999. Visibilidad arqueológica de la conquista en la cuenca del Paraná-Plata. En *Arqueología y bioantropología de las tierras bajas*, López Mazz, J. y Sans, M. (eds.), pp. 147-164. FHCE/UdelaR, Montevideo.

Tonni, Eduardo. 2004. Faunas y Clima en el Cuaternario de la Mesopotamia Argentina. En *Temas de la Biodiversidad del Litoral fluvial argentino*, Aceñolaza, F.G. (ed.), pp. 31-38. Miscelánea 12, INSUGEO, Tucumán.

Torres, Luis María. 1911. *Los primitivos habitantes del Delta del Paraná*. Biblioteca Centenaria 4, Universidad Nacional de La Plata, Buenos Aires.

Viegas Barros, Pedro. 2006. Datos actuales de la lengua chaná: una evaluación preliminar. *Actas X Congreso de la Sociedad Argentina de Lingüística*, CD-ROM. Universidad Católica de Salta, Salta.

Violante, Roberto A., José Luis Cavallotto y Patricia Kandus. 2009. Río de la Plata y Delta del Paraná. En *Sitios de interés Geológicos de la República Argentina I*, pp. 461-475. SEGEMAR, Buenos Aires.

Viveiros de Castro, Eduardo. 1992. From the Enemy's Point of View. *Humanity and Divinity in an Amazonian Society*. The University of Chicago Press, Chicago/London.

ANEXO I

| Sitio arqueológico | Código de la muestra | Material datado | Edad 14C no calibrada | Autores/as |
|------------------------------|----------------------|--------------------|-----------------------|------------------------------|
| Cerro Lote 11 | LP-1935 | Materia orgánica | 490 ± 60 a.P. | Bonomo y Politis |
| Cerro Tapera Vázquez | LP-1993 | Carbón vegetal | 520 ± 60 a.P. | Bonomo y Politis |
| Los Tres Cerros 1 | LP-2295 | Valvas de Diplodon | 560 ± 80 a. P. | Bonomo y Politis |
| Los Tres Cerros 1 | LP-2281 | Carbón vegetal | 580 ± 70 a.P. | Bonomo y Politis |
| Los Tres Cerros 3 | LP-2305 | Materia orgánica | 600 ± 60 a.P. | Bonomo y Politis |
| La Palmera V | LP-905 | Carbón vegetal | 640 ± 70 a.P. | Ceruti |
| Cerro Tapera Vázquez | LP-1989 | Carbón vegetal | 650 ± 60 a.P. | Bonomo y Politis |
| Los Tres Cerros 1 | LP-2289 | Carbón vegetal | 650 ± 70 a.P. | Bonomo y Politis |
| Los Tres Cerros 1 | LP-2292 | Hueso humano | 650 ± 70 a.P. | Bonomo y Politis |
| Los Tres Cerros 1 | LP-2284 | Valvas de Diplodon | 660 ± 70 a.P. | Bonomo y Politis |
| Cerro El Gastaño 2 | LP-861 | Hueso humano | 700 ± 80 a.P. | Cornero y Nobile |
| Cerro Lutz (unidad 2) | LP-1711 | Resto humano | 730 ± 70 a.P. | Acosta y Loponte |
| Rancho Colorado 1 (n 31) | Ingeis | Valvas | 750 ± 70 a.P. | Rodríguez y Rodríguez |
| Túmulo I del Brazo Gutiérrez | AA2635 | Diente humano | 752 ± 41 a.P. | Bernal |
| Los Tres Cerros 1 | LP-2332 | Carbón vegetal | 760 ± 70 a.P. | Bonomo y Politis |
| Los Tres Cerros 1 | LP-2302 | Carbón vegetal | 790 ± 100 a.P. | Bonomo y Politis |
| Cerro Chico II | SI-555 | Valvas | 770 ± 70 a.P. | Cigliano, Raffino y Caggiano |
| Cerro Lutz (unidad 2) | AA77311 | Resto humano | 796 ± 42 a.P. | Acosta y Loponte |
| Rancho Colorado 1 (n 41) | Ingeis | Valvas | 820 ± 70 a.P. | Rodríguez y Rodríguez |
| Los Tres Cerros 1 | LP-2243 | Valvas de Diplodon | 830 ± 50 a.P. | Bonomo y Politis |
| Los Tres Cerros 1 | LP-2296 | Carbón vegetal | 860 ± 40 a.P. | Bonomo y Politis |
| Cerro Chico I | GrN-5506 | Valvas | 895 ± 35 a.P. | Cigliano, Raffino y Caggiano |
| A° Largo I (capa 7) | Ingeis | Carbón vegetal | 900 ± 120 a.P. | Ceruti |
| Cerro Lutz (unidad 4) | AA77312 | Canis familiaris | 916 ± 42 a.P. | Acosta y Loponte |
| Los Tres Cerros 2 | LP-2303 | Materia orgánica | 920 ± 40 a.P. | Bonomo y Politis |
| Las Mulas I (capa 8) | Ingeis | Carbón vegetal | 950 ± 120 a.P. | Ceruti |
| Cerro Lutz (unidad 3) | AA77310 | Resto humano | 976 ± 42 a.P. | Acosta y Loponte |
| Los Sauces I | SI-556 | Valvas | 1090 ± 40 a.P. | Cigliano, Raffino y Caggiano |
| Don Santiago | Ingeis 2100 | - | 1090 ± 80 a.P. | Caggiano |
| A° Yará Chico (n 6B) | Ingeis | Carbón vegetal | 1180 ± 95 a.P. | Rodríguez y Rodríguez |
| Don Santiago | Ingeis 2099 | - | 1300 ± 80 a.P. | Caggiano |
| Los Sauces II (n 51) | Ingeis AC-110 | Valvas | 1370 ± 70 a.P. | Rodríguez y Rodríguez |
| Arroyo Largo I (capa 10) | Ingeis | Carbón vegetal | 1380 ± 100 a.P. | Ceruti |
| Rodeo Viejo de La Nena | Ingeis 2001 | - | 1420 ± 80 a.P. | Caggiano |
| Rodeo Viejo de La Nena | Ingeis 2002 | - | 1420 ± 80 a.P. | Caggiano |
| Rancho Miño | Ingeis | Valvas | 1460 ± 80 a.P. | Rodríguez y Rodríguez |
| A° Yará Chico (n 6B) | Ingeis | Valvas | 1470 ± 80 a.P. | Rodríguez y Rodríguez |
| Los Sauces II (n 31) | Ingeis AC-109 | Valvas | 1670 ± 70 a.P. | Rodríguez y Rodríguez |
| Isla Lechiguanas I (n 3) | Ingeis 1999 | Valvas | 2740 ± 90 a.P. | Caggiano |
| Isla Lechiguanas I (n 3) | Ingeis 2000 | Valvas | 2550 ± 80 a.P. | Caggiano |

Referencias: a.P.- significa antes del presente (indica la antigüedad en años antes de 1950).

Anexo I

Fecha radiocarbónica obtenida para sitios arqueológicos de la provincia de Entre Ríos.